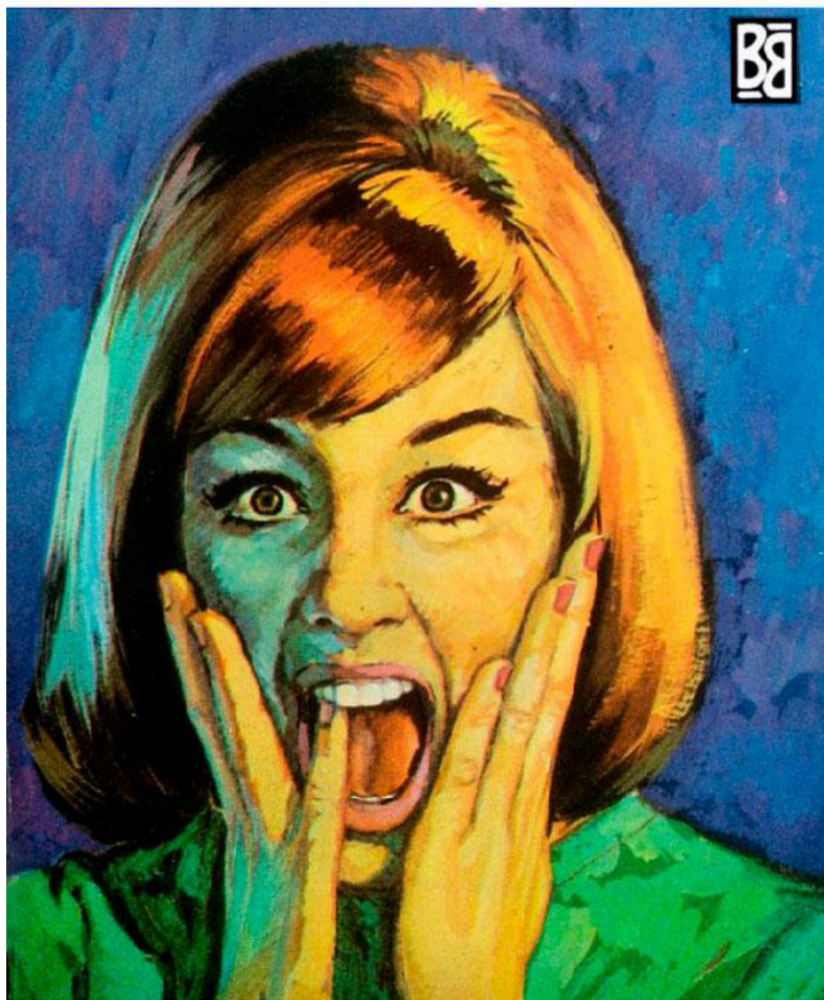


PUNTO
ROJO

"H de horror y homicidio"

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

"H" DE HORROR Y HOMICIDIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 339

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 29.073 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1968

© KEITH LUGER - 1968
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Suzanne Ducau se estaba probando bikinis frente al espejo.

Sonrió al ver su imagen con aquel modelo, dos trapitos azules con lunares blancos.

¿Cuántas veces había oído decir que el bikini sólo sentaba bien a las chicas entre dieciséis y veinte años? Allí estaba ella con veintisiete primaveras, para demostrar que tal regla admitía muy brillantes excepciones.

Y Suzanne Ducau era una brillante y honrada excepción. Estaba segura de producir impacto en toda clase de hombres. Solteros, casados y viudos.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Titubeó unos momentos. Oh, sí, debía de ser Patrick. Observó su reloj. Era justamente la hora _en que Patrick le había dicho que pasaría por su casa. ¿Y quién mejor que Patrick, un vividor, un *play-boy*, para decidir acerca de bikinis?

Salió al *living* y abrió la puerta.

Era Patrick, que entró moviéndose perezosamente.

—Hola, muñeca.

Suzanne dio unos pasos delante de Patrick.

—¿Qué? ¿No dices nada?

Patrick miró a su alrededor.

—Cambias el mobiliario. No está mal.

—¡No he cambiado el mobiliario! Es el mismo que puse hace dos años.

Patrick se fijó en las paredes y señaló un cuadro, una copia de un Picasso.

—Es eso. Lo compraste en la última subasta de Drouot.

—No seas imbécil. En primer lugar no se trata de un original. En segundo término, no puedo disfrutar de esas cosas para millonarios. ¡Se trata de mi bikini, pedazo de idiota! Sólo quería saber qué

efecto te producía.

—Maravilloso.

—Si apenas me has mirado...

—Cariño, ¿por qué quieres marearme?

—¿Te mareo de verdad? —sonrió Suzanne esperanzada.

—Claro. Ese efecto me lo produces vestida, imagínate si te miro ahora casi sin ropa...

Prefiero un *whisky*, ya que se trata de mareos.

—¡Eres ridículo! —exclamó Suzanne con rabia.

—¿Cuándo vas a dejar de insultarme?

—¡Insignificante!

—Cariño, he venido aquí en plan de negocios. No para ver tu mobiliario, tus cuadros o tu bikini.

—¿Tú de negocios? No me hagas reír.

—¿Me vas a presentar a Laurent?

—No.

—¿Por qué no? ¿Es que no sabes hacer un favor a un amigo, Suzanne?

—No esa clase de favores.

—La culpa es mía. Está bien, querida. Voy a entrar otra vez. Saldré al corredor, apretaré el timbre y tú me abrirás.

—¿Para qué?

—Para decirte lo monísima que estás con el bikini. Sí, te diré que eres la mujer más adorable del mundo con ese par de trapitos, y entonces me presentarás a Gérard Laurent.

—Sigues siendo un cínico.

—¿Por qué, para variar, no me llamas hipócrita?

—Porque es una palabra demasiado suave tratándose de ti, Patrick.

En aquel momento sonó el timbre.

—¿Quién es, Suzanne? Me dijiste que no recibirías esta tarde a nadie.

—Y es verdad. No sé quién pueda ser... Oh, sí, el portero que me trae el ejemplar de *Le Monde*.

—¿Tú lees *Le Monde*?

—Claro que lo leo.

—¿Qué les pasa a mis amigos que se están echando a perder? Ahora compras *Le Monde*. Te apuesto doble contra sencillo a que ni

lo lees. Tu periódico es *France-Soir*. ¿Sabes lo que dije una vez? ¿Que de cada página del *France-Soir* gotea sangre...?

—¿Quieres que te aplauda por tu originalidad? ¡Lo han dicho unos cuantos miles antes que tú!

El timbre sonó otra vez.

—Anda, Patrick, hazme un favor. Ve a abrir.

—Abre tú, que eres la dueña de la casa.

—Estoy en bikini.

—Pero dices que es el portero. Que te vea así y tendrá motivos para resistir sus agobios económicos. Me dijiste que son seis de familia y que sólo comen patatas.

—Tu moral es corrosiva, Patrick.

—Pero soy un hombre con buenos principios... Está bien, abriré yo. No quiero que tomes represalias y dejes de presentarme a Gérard Laurent.

Patrick abrió un poco la puerta y miró a la otra parte.

—Espere un momento —dijo a la persona que estaba en el corredor y volvió a cerrar—. Eh, Suzanne, no es el portero.

—¿Y quién es?

—Un empleado de las Mensajerías Albatros. Trae un paquete para ti.

—Pues cógelo.

—Verás, es que no tengo para la propina...

—¿Ni siquiera un franco?

—Mi último dinero lo gasté en comprar un paquete de cigarrillos. Pude ir al Banco, donde aún me quedan un centenar de francos, pero tu casa estaba más cerca y decidí venir a pedirte un préstamo a cuenta del primer dinero que gane con Gérard Laurent.

Suzanne cogió su bolso del sillón y arrojó a Patrick un franco.

—Ahí tienes, perdido.

—Es lo que más me gusta de ti, Suzanne. Tu gentileza.

Patrick abrió de nuevo la puerta, se hizo cargo del paquete y dio la propina. Se volvió con el paquete, que era largo, rectangular, y lo sopesó con el aire.

—¿Qué nuevo capricho te compraste, muñeca?

No compré nada.

—Un regalo, ¿eh?

—No espero regalos de nadie.

—Los regalos nunca se esperan y por eso son regalos.

—Dámelo.

—No, no te lo voy a dar. Lo abriré yo.

—Eh, Patrick, es personal. Déjame que lo abra.

Suzanne fue detrás de Patrick, pero él corrió más aprisa y se puso al otro lado del diván.

—¡Párate ahí, Patrick!

El soltó una carcajada.

—Vaya, secretitos, ¿eh?... ¡Ya sé lo que puede ser esto! ¡Drogas!

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Por eso no quieres presentarme a Gérard Laurent. Ya comprendo. Tú eres un agente de Gérard Laurent y no puedes admitir a los competidores...

—¡Yo te diré lo que eres tú, Patrick, un...!

—Un idiota, un imbécil, un perdido, un tipo insignificante, ridículo...

—¡Un entrometido! ¡Dame ese paquete!

—Ah, no, eso sí que no.

Suzanne fue detrás de Patrick y éste siguió dando la vuelta al diván, alejándose de ella mientras quitaba los cordones del paquete.

—Patrick, si no me das eso, jamás te presentaré a Gérard Laurent.

—Ya no hace falta que me lo presentes. Lo tengo en mis manos. Cuando descubra las drogas que hay aquí dentro, no tendrás más remedio que presentarme a tu patrón...

—Deberías dedicarte a hacer payasadas por dinero en lugar de exhibirte gratis.

Patrick dejó caer los cordones al suelo y se puso a desliar el paquete. Desprendió también el papel y se quedó en las manos con una caja blanca, de cartón.

—Patrick, si abres eso, no te volveré a mirar a la cara.

—No tendrás más remedio que mirarme. Me has dicho muchas veces que soy un tipo guapo, varonil, atractivo...

Patrick abrió la caja. Se quedó mirando su contenido, inmóvil.

Poco a poco, la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué pasa, Patrick? —inquirió Suzanne.

Patrick no le contestó.

—Patrick, ¿qué es eso? ¡Dámelo!

Patrick puso la tapa sobre la caja y se tambaleó buscando el apoyo del diván. Estaba pálido.

—Patrick, quiero ver mi regalo.

Patrick cerró los ojos y en esa posición dijo:

—Es mejor que no lo veas, Suzanne.

—No seas estúpido. Quiero ver lo que hay ahí dentro.

—No, Suzanne.

—¡Te digo que quiero verlo!

Suzanne dio la vuelta al diván y esta vez Patrick no se alejó de ella. Suzanne cogió a Patrick del brazo.

—¿Quieres darme de una vez la caja?

—Por favor, Suzanne, te digo que no lo debes ver. Acepta por una vez el consejo de un verdadero amigo.

Tú no eres mi amigo. Sólo un tipo que se aprovecha de mí cuando las cosas le van mal. Trae esa caja.

Suzanne dio un tirón de la caja y ésta le quedó en las manos porque Patrick la apretaba con flojedad.

La joven dio unos pasos alejándose de Patrick.

—Suzanne, por favor, no abras eso...

Pero ella la abrió.

Y se quedó aterrorizada.

Tuvo la impresión de que la sangre se le helaba en las venas. Allí, en la caja había un brazo humano con su mano. Simplemente eso.

—¡Dios mío!...

—Te dije que no la abrieses. —Patrick tartamudeó—. Suzanne, ¿qué clase de amigos tienes que te mandan esas cosas? Seguro que has hecho amistades en el barrio latino. Esos estudiantes gastan bromas muy pesadas. ¿Por qué te gustan los chicos más jóvenes que tú?

Suzanne dejó caer la caja en el suelo.

—Un *whisky*, Patrick... Por favor, un *whisky*...

Patrick corrió al mueble-bar, pero no preparó un *whisky*, sino dos. Le dio un vaso a Suzanne y ella bebió el *whisky* de un trago.

—Eh, Suzanne, ¿quieres emborracharte?

—¡Claro que quiero emborracharme!

—Das demasiada importancia a una broma de colegial.

—Patrick, no se trata de una broma.

—¿Qué?

—Es muy en serio.

—Oh, ya sé a lo que te refieres. A que es un brazo humano. Y está claro quién es el que lo mandó. Un estudiante en Medicina. Ellos tienen fácil acceso a la Morgue. Ya sabes, hacen cochinaditas con los fiambres para practicar... Luego, cuando se doctoran, matan en vivo.

—No, Patrick, no se trata de lo que tú crees.

—No me irás a decir que es un brazo de plástico. ¿Es eso?

—No lo había pensado. ¿Y si fuese de plástico? Patrick, tócalo tú.

—Ni hablar. Tócalo tú. Es tuyo.

—Soy una mujer demasiado sensible, Patrick. Por favor, tócalo.

—No lo haré por nada del mundo.

—Te daré cincuenta francos.

—Cien.

—No seas chantajista.

—Cien por evitarte este mal rato es un buen precio.

—Aceptado. Te daré cien francos.

Patrick atrapó la caja, pero no la miró de momento. Tuvo que hacerlo poco a poco. Hizo una mueca mientras introducía la mano para tocar el miembro.

Dio un chillido.

—¡Es de carne y hueso, Suzanne!

—Lo que me temía... Y yo sé a quién pertenece ese brazo.

—¿Eh?

—Lo sé.

—¿A quién?

—A mi exesposo.

¿A tu qué?

—¿A quién va a ser?... Sólo me he casado una vez y por eso sigo recibiendo la pensión. ¡Es el brazo derecho de Yves!...

—¿Cómo lo sabes? Todos los brazos son iguales.

—Por la cicatriz del índice. A Yves se le quedó enganchado un anzuelo cuando estaba pescando la trucha. Pero no tuvo serenidad y dio un tirón. El anzuelo se le llevó un trozo de carne. Ocurrió durante nuestra luna de miel...

Patrick miró otra vez aquella mano.

—Eh, Suzanne, hay un papel.

—¿Dónde?

—Aquí, debajo de la mano.

—Debe ser una carta.

—¿De tu exmarido? Oh, sí, ya lo comprendo. Yves se ha suicidado y te manda una carta.

—¿Cómo se va a suicidar y mandarme una carta?

—Bueno, te escribió antes y te mandó el brazo después.

—¡Saca de una vez ese papel, Patrick!

—No puedo.

—Te he dado cien francos.

—Sí, pero por tocar el brazo, y no por sacar la carta de debajo de esa mano. Es horrible, Suzanne. Sácala tú.

—Agregaré otros cincuenta francos, pero no me pidas ni un céntimo más.

—Aceptado.

Patrick puso la caja en un sillón. Luego se cubrió los ojos con la mano izquierda, pero miró entre los dedos mientras volvía a introducir la diestra en la caja. Dio un chillido.

—¿Qué pasa, Patrick?

—Se ha movido la mano.

—¿Cómo se va a mover la mano? La habrás movido tú al tirar de la carta.

—¡Ya la tengo!

—Dámela.

—No. Será mejor que te la lea. Estás demasiado emocionada.

—Creí que también estabas emocionado tú.

—Yo soy un hombre y se me pasa más pronto.

Patrick desdobló el mensaje y leyó para sí.

—Patrick, ¿qué es lo que dice? Léela en voz alta o dame ese papel para que la lea yo.

—Aquí dice. —Patrick tragó saliva y prosiguió—: «Suzanne, usted, como primera esposa de Yves Gardette, tiene derechos adquiridos y, por tanto, le corresponde un trozo de él. Ahí lo tiene».

—¡Oh, no!

—Sí, Suzanne, aquí dice eso.

—¿Y quién lo firma? —«El homicida».

CAPÍTULO II

Violette Neret, joven, bonita, de profesión decoradora, fue atrapada por unas manos que la obligaron a dar la vuelta. Las manos estaban en su cuello y apretaron.

Luego unos labios masculinos buscaron los suyos.

Se juntaron.

Las manos del hombre bajaron del cuello de Violette hacia la espalda para aumentar la presión del beso. Pero las de Violette permanecieron quietas a lo largo de sus costados. Al fin, ella echó la cabeza atrás y dijo:

—André, ¿por qué haces esto?

—¿No te gusta?

—Es demasiado temprano.

—Oh, sí, perdona Los besos sólo te gustan por la mañana, antes del almuerzo, o por la noche, antes de cenar... Violette, ¿por qué no nos casamos?

—No me interesa.

—Hablas de una forma como si te estuviese planteando un negocio.

—Para mí lo es.

—¡Violette!

—Mejor dicho, para mí el negocio es no casarme, o sea, continuar siendo divorciada.

—Lo dices por tu pensión.

—Sí.

—Ese maridito tuyo te paga bien.

—No me puedo quejar. Te lo aseguro. Pero recuerda que no es ya maridito mío. Hace mucho tiempo que dejó de serlo. Sólo tengo un número en su serie. Soy su segunda esposa y después de mi hubo dos más.

—Ese canalla se aseguró bien la fidelidad de las mujeres que

pasaron por su lecho nupcial.

—No seas cursi, André.

—He dicho una gran verdad. Yves Gardette es un millonario.

—Te equivocas. No es millonario. Es multimillonario.

—Y por ello se puede permitir el lujo de impedir que se vuelvan a casar las mujeres que algún día llevaron su nombre. ¿Y cómo lo consigue? De una forma muy práctica. Concediéndoles una pensión, a condición de que no se vuelvan a casar. Una pensión sustanciosa.

—Yves siempre ha sido generoso.

—¿Es que no te das cuenta de que Yves es un tipo que abusa del poder que le Concede el dinero? Lo que hace es humillante para vosotras.

—No hables de las demás, cariño. Criticame a mí, pero no a las otras.

—Violette, ¿por qué no lo piensas mejor? Soy un pintor en alza. Estoy seguro de que algún día se venderán muy bien mis cuadros.

—Estupendo. Cuando ese momento llegue, hazme la proposición de matrimonio y ya verás lo juiciosa que soy.

—Eres una interesada...

—Te comportas como un chiquillo, André. ¿Por qué no atiendes a razones? Sufrí mucho en el coro de bailarinas de donde me sacó Yves para convertirme en su esposa, y antes había sufrido en Marsella, y en Burdeos... Llevé una vida horrible, espantosa. Yves me libró de todo eso. No diré que Yves fuese un santo. No lo podía ser, pero se portó bien conmigo.

—Oh, sí, vosotras podéis ser infieles a Yves, pero oficialmente nunca podéis tomar el nombre de otro dueño. Nada menos que cinco mil francos mensuales.

Violette se encogió de hombros.

—¿Quieres un sándwich, André?

—No.

—Hay carne en la nevera.

—No quiero comer nada.

—¿Beber?

—No.

—Tengo ese *whisky* que a ti te gusta.

—Lo que tú quieres es cambiar de tema.

Violette asintió:

—Sí, es cierto, quiero cambiar de tema porque el que iniciaste resulta desagradable. Pero voy a terminarlo de una vez por todas para que no vuelvas de nuevo a plantearlo. No me puedo casar contigo. Has hablado de la pensión, pero no has hablado de algo más importante... El día que Yves muera, si no me he casado, heredaré un millón de francos.

André enarcó las cejas.

—¿Un millón de francos, Violette?

—Así es. ¿Te das cuenta ahora de lo importante que es para mí seguir siendo solamente la exesposa Gardette?

—Sí, me doy cuenta —contestó André con voz ronca. Violette fue a su lado y enroscó los brazos alrededor del cuello varonil.

—André, eres muy simpático y te quiero mucho. No hay otro hombre en mi vida.

—Yves Gardette.

—Tú mismo lo has dicho y te lo acabo de demostrar. Es sólo una inversión. Cariño, ¿por qué no ves en este problema el lado deportivo?

—¿Qué lado deportivo?

—Dicen que lo importante de los Juegos Olímpicos es participar y no ganar.

—No estamos en los Juegos Olímpicos.

Ella le guiñó un ojo y sonrió en un gesto femenino y picaresco.

—Pero estás participando.

Aplastó su boca entreabierta contra la de André.

Entonces sonó el carillón de la puerta.

—Perdona, André.

El pintor no dijo nada. Aquel beso lo había emocionado mucho. Oyó a Violette.

—¿Mensajerías Albatros? Oh, sí, un paquete... ¿Lo envía Jean Duval? No sé quién es pero me haré cargo.

Firmó la entrega y dio una propina al empleado que estaba a la otra parte. Luego cerró la puerta. Dirigió una mirada de curiosidad al paquete, pero enseguida lo dejó en un sillón.

—¿Qué es eso? —preguntó André.

—No lo sé, pero recibo muchos paquetes. Es uno más. ¿Qué importancia tiene? ¿No crees que era mucho más interesante lo que estábamos haciendo cuando nos interrumpieron?

—Sí, confieso que lo era.

—Entonces prosigamos.

—Pero debes abrir el paquete antes.

—¿Por qué?

—Dices que no sabes lo que contiene, y no sabes quién te lo manda. ¿No sientes curiosidad?

—Claro que siento curiosidad, pero ya lo abriré luego.

—¿Qué clase de curiosidad es, que no quieres satisfacerla?

—Hay algo que lo impide: tú, André. Me gustó ese beso que te di y quiero repetirlo —hizo una pausa—. Pero tienes razón. Ya no vale la pena que continuemos. Para ti es más interesante saber lo que contiene el paquete. De acuerdo. Lo abriré.

Cogió unas pequeñas tijeras de la mesa y cortó unos cordeles. Quitó el papel y apareció una caja rectangular, blanca, de cartón.

Sonrió a André y dijo:

—Quizá te guste abrirlo.

—Da lo mismo.

Violette quitó la tapa y miró al interior.

—¡Dios mío!...

—¿Qué te pasa, Violette?

—¡No!... —dijo Violette y la caja se le cayó al suelo. De la caja salió un pie humano—. ¡André, es el pie de Yves...!

—No puede ser.

—¡Te juro que sí!

—¿Cómo lo sabes?

—Por el dedo pulgar. Le falta la uña. Yves me lo contó. De pequeño, cuando lloraba, hasta los siete años, arrastraba el pie. Un día se pisó la uña, se le infectó y le quitaron las raíces. Desde entonces no ha tenido uña. He visto muchas veces ese pie. André. ¡Es el pie izquierdo de Yves!

—Tranquilízate, Violette.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? ¡Lo han matado! ¡André, lo han matado! —Eso no significa que Yves haya muerto. Sólo que perdió un miembro.

—Y claro, tuvo la humorada de mandármelo por las Mensajerías Albatros, con un nombre supuesto, el de Jean Duval.

André quedó en silencio porque ya no le parecía tan sin sentido la sugerencia de Violette respecto a la muerte de Yves Gardette. Se

pasó una mano por la cara y dijo:

—Querida, éste es un asunto para la policía judicial.

—No tengo fuerzas para hablar.

—No te preocupes. Hablaré yo.

André se movió hacia la mesa en donde se encontraba el teléfono, pero el pie humano había quedado muy cerca de él y dio unos pasos para mantenerse alejado.

Violette lanzó un grito.

—¿Qué pasa ahora? —dijo André.

—André, ¿te das cuenta? Si Yves está muerto, yo heredaré un millón de francos.

—Y te podrás casar conmigo —repuso Andrés y descolgó el teléfono para marcar el número de la policía.

—Espera, André, en la caja hay un papel.

—¿Una carta?

—Sí, eso debe ser.

—¿Qué estás esperando para leerla, Violette?

Violette cogió la carta con mano temblorosa y leyó en voz alta:

«Violette, usted, como segunda esposa de Yves Gardette, tiene derechos adquiridos y, por tanto, le corresponde un trozo de él».

Violette miró a André y agregó:

«El Homicida».

CAPÍTULO III

Danielle Housset, tercera exseñora Gardette, estaba sentada en un diván en el *living* de su casa.

Un hombre, Pierre Delacroix la tenía entre sus brazos.

—Tengo la solución para lo nuestro, querida.

—¿Cuál es?

—Mataremos a tu marido.

—¿Un asesinato?

—En nuestro caso, no se trata de un asesinato, sino de una ejecución, amor mío.

—Es horrible que hables así.

—Tu marido es el obstáculo que se interpone entre nosotros.

—Somos felices de todas formas. ¿Por qué quitarle la vida? Podemos seguir siendo felices, aunque él continúe viviendo.

—No, querida. Lo he pensado muchas veces. Me he desvelado durante una semana.

No duermo. Lo mataremos. ¿Lo oyes? Lo mataremos.

Una voz cortó aquel diálogo.

Era Henri Moreau, director teatral.

—No estáis en situación ninguno de los dos, y es la quinta vez que ensayáis la escena. Os sabéis de memoria la letra, pero ninguno de los dos pone la más mínima emoción. ¿Cómo queréis que el público se identifique con vosotros? ¿Qué te pasa, Danielle?

—¿A mí? Nada.

—Éstas nerviosa.

—¿Por qué he de estar nerviosa? —contestó gritando Danielle.

—No lo sé. Pero lo estás.

—Pierre se me acerca demasiado y tengo la impresión de que comió cebolla.

—¡No comí cebolla! —gritó Pierre Delacroix, el protagonista de la obra que estaban ensayando, «Trampa para dos amantes».

—Entonces has comido ajos.

—¡Ni cebollas ni ajos!

—¡Silencio! —gritó Henri Moreau—. No quiero volverme loco. Ya tengo bastantes problemas para que me traigáis vosotros.

—¡Te lo dije, Henri! —chilló Danielle—. ¡Te lo dije! ¡No quería a Pierre para este papel! Lo suyo es lo romántico y nadie verá en Pierre a un asesino.

Pierre se engalló:

—¡Cualquier hombre puede matar!

—¡Tú no!

—¿Insinúas que no soy un hombre?

—No he insinuado nada, pero si tú lo dices...

—¡Danielle, no te consiento que dudes acerca de mi virilidad!

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó Henri Moreau—. ¿Qué clase de discusión estúpida es ésta? Sois dos buenos actores. Habéis obtenido las mejores críticas durante los tres últimos años y estáis en la flor de la vida. Estoy seguro de que haréis una buena pareja. Por eso decidí reuniros en esta obra. Sólo os falta comprender vuestros sentimientos, los de los protagonistas. Hasta ahora no os habéis metido en la piel de ellos. Es lo que yo quiero conseguir. Ya basta por hoy, Pierre. Márchate y ven mañana a la misma hora para el ensayo.

Pierre fue a replicar, pero cerró la boca como un cepo y echó a andar muy aprisa, saliendo del piso de Danielle.

Henri Moreau dio un suspiro.

—Has estado demasiado dura con él.

—Ni la mitad de lo que se merece.

—Pierre es un buen actor.

—Sólo porque tú lo dices.

—Lo dice mucha gente y yo estoy de acuerdo en este caso. Pierre hará una brillante carrera. Sé lo que te pasa, Danielle. No quieres hacer la obra. Para ti «Trampa para dos amantes», no es tu comedia. Sigues empeñada en representar ese drama «La miopía de la señora Smith».

—Estoy segura de su éxito.

—Y yo estoy seguro de que sería un fracaso. No por ti, sino por la obra. Es la comedia escrita por un novel, por un hombre sin talento, sin ingenio. En tu caso, se ha producido el extraño

fenómeno de que son víctimas muchos actores. Y te ha pasado a ti, Danielle, porque es natural que te pase. Te has visto en el papel de la señora Smith y has creído que harás toda una creación. ¿Por qué? Porque la señora Smith es una miope y hará gestos de miope y hablará como una miope, pero no te das cuenta de algo esencial. En una comedia no importa el papel que se representa cuando el diálogo en sí es una sarta de estupideces, de tonterías, cuando las reacciones del personaje son totalmente gratuitas. El autor de «La miopía de la señora Smith» es un aficionado, y seguirá siendo un aficionado toda su vida, aunque sus obras hayan obtenido cuatro premios en provincias.

—«Trampa para dos amantes» es más costosa de montar que «La miopía de la señora Smith». La obra de ese aficionado, como tú lo llamas, sólo tiene un decorado.

—Pero con un solo decorado resultará más cara que «Trampa para dos amantes», puesto que no resistirá ni cinco días en el cartel. «Trampa para dos amantes» es una obra con nervio, con diálogo ingenioso, con humor. Está escrita con talento, aunque sea una obra policíaca, y eso es importante para un autor teatral, para los actores y para el público. Prefiero una obra escrita con talento a una obra que sólo dice memeces, aunque esas memeces estén revestidas de supuesta trascendencia.

—¿Quiero hacer «La miopía de la señora Smith»!

—No hay empresa que se decida a lanzarla. Tendrían que estar locos. Sería dinero perdido.

—¿Qué pasa si la estreno yo por mi cuenta?

—¿Tienes los cien mil francos que costaría el montaje?

—Claro que no.

—¿Entonces?...

—Los puedo recibir de mi exesposo.

—No digas tonterías, Danielle. Conozco bien a Yves Gardette. Es un águila para los negocios. Aún recuerdo lo que me dijo en el transcurso de una fiesta. Estaba orgulloso de haber invertido bien su dinero. Al parecer, nunca perdió. Y gracias a ti Yves Gardette conoce el negocio teatral. No, Danielle, tu exesposo es lo menos parecido a un caballo blanco.

—¿Sabes que cuando él muera yo heredaré un millón de francos?

—Querida, vi hace un mes a Yves Gardette y está en plenitud de forma. Te aseguro que se encuentra mejor que yo. Si él es un moribundo, yo debería estar enterrado hace muchos años. Pero la culpa es mía por haber elegido una carrera llena de sinsabores, de ingratitudes de incomprensiones, lo que más acorta la vida de un ser humano.

—Yo también viajo en la nave.

—Pero tú te desahogas, cariño.

—Tú también te desahogas, cariño. Eres el director teatral, el que impone su autoridad. Yo, como actriz, vivo con mis represiones.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Prepárame un martini mientras abro, Henri.

—Sí, Danielle, yo también lo necesito.

La actriz abrió la puerta y Henri oyó que hablaba hacia afuera:

—¿Un paquete? ¿De quién? ¿Jean Duval? No sé quién es... En fin, me lo quedo, naturalmente.

Danielle fue junto a Henry Moreau, que ya había preparado los dos martinis en el mueble-bar.

—¿Qué es eso? —preguntó Moreau.

—Parece un sombrero.

—¿Quién te lo manda?

—Un tal Jean Duval, pero no le conozco.

—Ábrelo. Quizá te venga bien para el papel de «Trampa para dos amantes». —Ojalá sea un sombrero horrible.

—Ábrelo y podremos opinar mejor.

—Primero el martini, querido.

Danielle bebió un trago y se dedicó a abrir el paquete con ayuda de un abrecartas.

Apareció una caja circular, blanca, de cartón.

Danielle abrió la tapa. Su codo golpeó contra el vaso que contenía el martini, que cayó al suelo haciéndose añicos y derramando el líquido por la alfombra.

—¡Henri!...

El director teatral se había quedado sin habla porque él también estaba viendo lo que contenía la caja. Era un tronco humano.

—¡Cielos, no! —pudo decir.

—Creo que me voy a desmayar —balbuceó Danielle.

—Espera un poco o me desmayo yo también. ¿Qué significa

esto, Danielle? —Creo que conozco a la persona que pertenece ese pecho. ¡Sí, es él!...

—¿Quién?

—¡Es él, Henri! ¡Yves Gardette!

—¿Tu exesposo?

Danielle cogió el vaso de Moreau y bebió un trago.

—Henri, lo sé por ese tatuaje.

Moreau había apartado los ojos del tronco humano que encerraba la caja, pero ahora lo miró otra vez. Efectivamente, vio que en el pecho había un tatuaje, el de un velero.

—Hay muchas personas con esa clase de tatuajes, Danielle.

—Yves se lo hizo cuando ganó un campeonato en las Bermudas. Observa el velero.

—Ya lo he mirado bastante.

—Es que quiero que hagas una comprobación. Yves se hizo tatuar el velero el año que ganó la prueba. 1964...

Moreau miró el interior de la caja con aprensión. Luego se retiró cogiéndose el estómago con las manos.

—¿Está el año, Henri?

—Sí.

—¿1964?

—Sí.

—¡Te lo dije! ¡Es él!

—También hay un papel. Debe de ser una carta. Está debajo, asomando por el lado derecho. —Cógela.

—Ni hablar, Danielle. Estoy enfermo. Yo soy una persona muy sensitiva. ¡Dios mío, voy a tener pesadillas durante tres años!

—Te ordeno que cojas la carta.

—Pues si esperas que yo la coja, creo que no la leerás en tu vida. Pero tengo una idea. Hay que llamar a la policía. Ellos se encargarán de la carta.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Yo tengo que leerla antes.

—Pues lo siento, porque yo no pienso ayudarte. Desde ahora, te aseguro que es como si nunca hubiese aprendido a leer.

—Está bien. La cogeré yo.

Danielle bebió el martini que le quedaba en el vaso. Se acercó a

la caja y metió la mano junto a la pared del cartón. Dio un tirón del papel y se echó atrás lanzando un grito.

—¡Ya la tengo!

—¿Qué dice?

—Danielle leyó en voz alta:

«Danielle, usted como tercera esposa de Yves Gardette, tiene derechos adquiridos y, por tanto, le corresponde un trozo de él. Ahí lo tiene *El homicida*». Henri ya puedes llamar a la policía.

Cuando iba a marchar, Moreau se interrumpió y dijo:

—¿Te das cuenta, Danielle?

—¿De qué?

—De que podrás hacer tu obra. Acabo de recordar que, con la muerte de Yves, tú ganas un millón de francos.

CAPÍTULO IV

—¿Vive aquí el señor Yves Gardette?

—Sí, aquí es.

—Somos los fontaneros. Yo soy Paul Vermont y éste es René Lorin.

Paul Vermont era un joven de veintisiete años, alto, moreno, de cara granujienta en la que destacaban dos ojos vivaces. René Lorin era alto, fuerte, robusto, con cara de boxeador retirado.

El criado que les había abierto la puerta con aspecto de búho, miró a los fontaneros como si fuesen desperdicios.

—Debieron ir por la puerta de servicio.

—Ya te he dicho que somos los fontaneros —repuso Paul Vermont—. Y si no nos tratas bien, te vamos a meter en el water.

Diciendo eso, Paul empujó la puerta e hizo una señal a su compañero.

El criado retrocedió al perder el equilibrio.

—Eh, no podéis entrar así.

—Pues ya estamos dentro. Si vuelves a protestar, nos largamos. Y no arreglaréis ésa avería en dos meses porque os denunciaremos al sindicato, y ninguno de nuestros compañeros vendrá a echaros una mano.

René Lorin olisqueó a un lado y a otro.

—Eh, Paul, aquí se respira millones. Vámonos.

—Hemos venido a arreglar una avería.

—Pueden pasar con la avería. Apuesto que esta casa tiene más de un cuarto de baño. El criado levantó la barbilla.

—Tenemos siete.

—¿Siete cuartos de baño?

—Sí.

—Demonios, pues aquí no ganarán para gastos de fontaneros.

—Somos clientes del señor Thullier, pero nunca os mandó a

vosotros.

Paul sacudió la cabeza.

—Es que René y yo somos nuevos.

—¿Cuándo empezasteis a trabajar con el señor Thullier?

—Anteayer.

El criado hizo una mueca de espanto.

—Pero ¿sois fontaneros?

René se echó a reír.

—Eh, Paul, ¿oíste a este mequetrefe? Pregunta si somos fontaneros.

Paul también rió.

—Yo ya sé diferenciar una llave inglesa de una tubería de plomo. ¿Verdad que sí, René?

El criado casi perdió el equilibrio, y antes de que hablase, lo hizo Paul:

—Eh, amiguete, imagino que sabes soportar una broma. Eso es lo que está haciendo René. Pegártela. René y yo somos los mejores fontaneros de París.

El criado titubeó:

—Está bien. Seguidme.

—Allá vamos, amiguete.

—No soy amiguete vuestro —dijo el criado hinchando el pecho de aire—. Mi nombre es Raymond.

—Como tú quieras, amiguete.

Raymond soltó un resoplido y fue delante de los dos fontaneros. Cruzaron el gran vestíbulo hacia una escalera alfombrada. A un lado y a otro había una armadura.

René golpeó en el yelmo de una de ellas con los nudillos:

—¿Se puede? —dijo.

Abrió el yelmo, pero dentro no había nadie.

—Eh, ¿qué haces? —gritó el criado.

—En todas estas casas se cometen asesinatos. Lo he visto en las películas, Raymond.

¿Y sabes dónde meten los cadáveres? En las armaduras.

—Estás loco. Aquí no hay ningún cadáver. Y tampoco se ha cometido un asesinato.

—No estés tan seguro. Sólo miré en una armadura. Me queda por ver la otra. El criado se dirigió al más joven de los fontaneros.

—Paul, ¿quieres decirle a tu amigo que se esté quieto? Si derriba una de esas armaduras, puede ocasionar daños por más de mil francos.

—¿Quieres hacerme creer que este montón de chatarra vale mil francos? —repuso el grandullón René.

—No es un montón de chatarra. Es una armadura de Charles IX.

—Yo tengo algo más valioso —repuso René.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Un pañuelo de Charles.

—¿Charles IX?

—Charles Aznavour.

Raymond hizo un gesto compungido.

—Por favor, seguidme sin más interrupciones.

Subieron la escalera y siguieron por un corredor.

El criado se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz femenina.

Los dos fontaneros entraron en un dormitorio.

Tendida en una cama había una mujer de unos veintitrés o veinticuatro años, morena, de sensacional belleza. Se cubría tan sólo con una blusa, los picos atados al estómago, y unos *shorts*, y sus pies estaban desnudos, las uñas pintadas de oro.

—Buenos días, señora Gardette —dijo el criado—. Son los fontaneros. Vienen a arreglar el baño.

La señora Gardette no dijo nada. Estaba con los ojos semientornados.

Raymond entró en una habitación adyacente, pero nadie lo siguió. Los dos fontaneros estaban de muestra, observando a la mujer que estaba en la cama.

—Demonios, Paul, ¿viste algo parecido? —dijo René, el de la cara de boxeador retirado.

—Ni en sueños.

—¿Será de carne y hueso?

—Tócala, René.

—La tocaré.

—Espera, a mí me pilla más cerca.

La señora Gardette se levantó como un rayo.

—Eh, ¿qué va a hacer usted?

—Mi amigo tenía dudas acerca de si usted estaba muerta. Tiene

la manía de los cadáveres. Por eso iba a examinarla. Pero no crea, sólo le iba a poner la mano en el pecho para ver si respiraba. Con eso me habría bastado —al decir eso Paul miró el busto de la joven, un busto maravilloso porque estaba espléndidamente dotado.

Raymond salió del cuarto de baño.

—Eh, ¿qué hacéis aquí?

—Echando un vistazo para arreglar bien la avería —contestó Paul.

—¡La avería no está ahí!

—Qué lástima —dijo Paul recorriendo con la mirada el cuerpo de la señora Gardette.

La joven cerró los puños.

—¿Ha terminado el examen, señor como se llame?

—Todo lo bueno se acaba en este mundo.

—Pues entonces arregle la avería, que es para lo que vinieron.

—Ya vamos, señora Gardette —se dirigió a su amigo—. ¿Lo ves, René? Es de carne y hueso.

—No hace falta que me lo digas. Y además orgullosa.

—Pero se le puede perdonar porque es como un arco iris después de una tormenta.

René Lorin apuntó al estómago que la señora Gardette enseñaba por debajo de la blusa.

—Es el color del arco iris que más me gusta.

La joven hizo un gesto para replicar, pero guardó silencio porque los dos fontaneros se dirigían hacia el criado, que estaba con la boca abierta ante el cuarto de baño.

Paul señaló el grifo del baño que goteaba.

—¿Es eso lo que tenemos que arreglar?

—Sí. La señora Gardette no puede dormir.

—¿Que no puede dormir? Pero si no oirá el goteo desde el dormitorio.

—Ella no lo oye, pero está pensando en que la gota cae sin cesar, una y otra vez.

—Y seguro que le hace el efecto de un tambor.

—Sí, por lo visto es eso. Arregladlo y, cuando hayáis terminado, pasad por la cocina.

Allí está la puerta de servicio. Os estaré esperando.

Raymond salió del cuarto de baño y dejó a solas a los dos

fontaneros.

Paul dejó la caja en el suelo, se sentó en una silla y sacó un paquete de cigarrillos y el encendedor.

René se sentó en otra silla y extrajo una botella de ginebra de su caja.

—¿Hace un trago, Paul?

—No, gracias. Prefiero pensar.

—Sí, es cuestión de pensar en cómo debemos arreglar el grifo.

—No me refería al grifo, sino a la chica.

—¿A la señora Gardette?

—¿Qué otra chica hemos visto?

—Caramba, tiene muchas cosas por todos los lados que se la mire. Pero yo sigo pensando que es más importante lo del grifo. Paul, es la primera avería que arreglamos sin la colaboración del jefe.

—Es sencillo. Todo se reduce a cambiar la suela.

—¿Nada más?

—Claro que nada más. Puedes hacerlo tú mismo, René.

—Está bien. Lo haré yo.

Paul se levantó de la silla y fue a salir.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó su compañero.

—Mientras tú arreglas eso, le preguntaré a la señora Gardette si tiene otra avería.

—No tiene ninguna otra avería. Está completa.

—Deja que sea ella quien decida.

Paul entró en el dormitorio.

La joven estaba de pie, sirviéndose una ración de licor.

—¿Es *whisky*?

—Sí —contestó la joven.

—No debería beber eso, señora Gardette. El *whisky* estropea el hígado y es una lástima que una mujer como usted empiece a estropearse. ¿Qué pasaría si usted viese en el espejo esa cara tan mona con un color verdoso, con los labios cárdenos...?

—¿Eso podría pasarme?

—Claro que sí. Son los efectos de la bebida.

—¿Cómo sabe tanto de la bebida?

—Un tío mío murió pegando saltos como una rana. Bueno, eso sólo fue al principio. Luego empezó a ver arañas. ¿Ha visto usted

arañas, señora Gardette?

—Todavía no.

—Pues es una suerte, porque mi tío las veía a manadas.

Paul llegó junto a la joven y le quitó el vaso de la mano mientras proseguía:

—El alcohol hay que beberlo a pequeñas dosis, muy de tarde en tarde. —Paul bebió el contenido del vaso hasta la última gota.

Chasqueó la lengua—. Es un buen *whisky*.

—¿Sabe lo que me parece usted?

—Dígalo. No se lo calle.

—Un caradura.

—A todas las chicas les digo que deben decir lo que sienten. Cuando hay confianza es cuando da gusto mantener relaciones humanas. ¿Ha oído hablar de las relaciones humanas, señora Gardette? ¿Sabe que vivimos en una sociedad en donde cada uno aspira a ser el primero y a pisarle el cuello al que está más cerca? A propósito de eso. ¿Sabe que tiene usted un cuello muy lindo? Y las orejas también son bonitas, aunque no se le ven mucho por el cabello. Debería cortárselo un poco.

René Lorin gritó desde el cuarto de baño.

—¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Que me ahogo!...

Paul echó a correr.

René estaba metido en el baño, casi flotando. Sobre la cabeza le caía el chorro de agua del f.

—¿Qué pasó, René?

El grandullón soltó una bocanada de agua, como una ballena.

—Era sencillo, ¿eh? Todo se reducía a cambiar la suela. ¡Y mira lo que ha pasado!...

El agua salía del baño y se derramaba por el piso.

Paul se pellizcó pensativo la oreja.

—¿Por qué no cierras el grifo, René?

—Porque no puedo. La llave da vueltas y vueltas y no queda cerrada.

La señora Gardette entró en el cuarto de baño y lanzó un grito.

—¡Dios mío! Pero ¿qué están haciendo aquí?

Ocurrió una catástrofe. La joven pisó la pastilla de jabón que había ido a parar al suelo, y como estaba descalza, resbaló, y se fue de cabeza al baño.

—Eh, que yo estaba primero —protestó René al recibir al bólido humano.

—No debería hacer esas cosas, señora Gardette —dijo Paul—. Su marido consideraría inmoral que se bañase al mismo tiempo que un hombre.

La señora Gardette reapareció en la superficie del agua.

—¡Son ustedes unos incompetentes! ¡Unos manazas!

—Eh, ¿de qué se queja? —dijo René—. Le he salvado la vida. Logré tirar de usted cuando se iba al fondo.

La señora Gardette miró con terror al hombre que estaba a su lado.

—¡Le ordeno que salga de mi baño!

—Es usted la que debe salir. Yo soy el fontanero. ¿Y quién es usted?...

Paul tomó a la joven del brazo.

—Vamos, señora Gardette, salga de ahí. Necesita secarse y que le den un masaje.

Ayudó a la joven a salir del baño y, apenas estuvo ella fuera, empezó a frotarle las espaldas.

—Eh, ¿qué hace?

—Pensé que necesitaría primero el masaje.

—¡Quíteme las manos de encima! ¿Qué son ustedes?

—Fontaneros.

—Eso no me lo harán creer ni aunque me lo juren por su padre.

—¿Me lo creería si se lo juro por mi tía?

René intervino:

—Eh, Paul, sigue saliendo agua. ¡Nos vamos a inundar!

—Necesitamos una llave nueva.

—No la trajimos. Habrá que llamar al jefe.

La señora Gardette intervino:

—Será mejor que llamen a los bomberos.

—Es usted muy graciosa, señora Gardette —repuso Paul—, pero no aceptamos chistes en las horas de trabajo.

—Yo hablaba en serio.

—La secaré y la meteré en la cama.

—¡Usted no me secará ni me meterá en ninguna parte!

—Lo decía en el buen sentido de la palabra.

—Dudo de que usted tenga buen sentido de cualquier cosa —

dijo la señora Gardette y salió del cuarto de baño.

Paul cogió una llave inglesa y se puso a trabajar en el grifo. Logró cortar el agua.

—René, no la toques. Pediré al jefe que nos mande a uno de los muchachos con un grifo.

Paul entró otra vez en el dormitorio.

La señora Gardette estaba envuelta en una gran toalla.

—Muy bien, así se hace, señora Gardette. ¿Quiere que le encienda la chimenea? —No hay chimenea.

—Lástima porque usted y yo podríamos haber pasado momentos muy románticos —dijo Paul—, y se encaminó hacia el teléfono que estaba en la mesilla de noche.

Marcó el número y, mientras esperaban que descolgasen a la otra parte, vio que la joven se preparaba un *whisky*.

—Otro para mí, señora Gardette.

—¡Un cianuro para usted!

—Oiga, señora Gardette, usted no va a recibir un premio por su trato a los proletarios. Sepa que nosotros somos la columna vertebral de la nación. ¿Es que no oye los discursos políticos?

—¡No tengo tiempo para esas tonterías!

—Pues debería oírlos todos. A los de izquierdas, a los de derecha y a los del centro.

Así se daría cuenta de nuestros derechos.

—¿Qué derechos puede tener usted, que me está inundando la casa?

—Le solucioné la avería provisionalmente. Disculpe, pero están a la otra parte. ¿Es usted, jefe? Aquí Paul. Sí, estamos haciendo una reparación de categoría. Todo va como una seda —sonrió a la joven y también le guiñó un ojo—. Sin novedad, jefe. Se lo aseguro. Ya le dije que René y yo haríamos las cosas como se deben hacer... Necesito un grifo de clase de lujo extra. Es lo que se merece este cuarto de baño. Algo sensacional, jefe... Una línea impecable. —Paul estaba mirando a la joven, cuya toalla se había abierto dejando ver una pierna—. Sin ningún reparo, jefe. Una pieza bellísima, torneada, como debe ser. ¿Qué de qué le estoy hablando? ¿De qué va a ser? Del grifo.

Sin embargo, la señora Gardette se dio por aludida porque cerró la toalla.

—Jefe, mándeme deprisa eso, porque estoy muy malito. —Paul colgó y dejó escapar el aire de sus pulmones—. Bien, señora Gardette. Ya está todo preparado.

—Preparado para una nueva catástrofe.

—¿Por qué dice eso?

—Porque dudo que ustedes puedan poner un grifo.

—Yo sé poner muchas cosas... Grifos, tuberías y también sé poner una bombilla.

¿Dónde quiere que le ponga la bombilla?

—¿Qué bombilla?

—La que se le haya estropeado.

—¡No se me ha estropeado ninguna bombilla!

—Los plomos.

—No se han roto los plomos.

—Puedo cocinar un par de huevos fritos con tocino.

—Ya tengo a mi cocinero.

—Estupendo. Que hagan un par de huevos fritos para mí y otro para René.

—¿Tienen hambre?

—Hay momentos en que uno siente ganas de hincar el diente.

—Está bien, Paul. Pasen por la cocina y que le sirvan esos huevos.

—Con jamón.

—¡Con jamón o con lo que quieran!

Paul gritó hacia el cuarto de baño.

—¡Eh, René yo he pedido huevos con jamón! ¿Tú qué quieres?

—Una vaca.

—¿Cómo?

—Una ternera con patatas.

—Me temo que aquí no tienen corral, René. Tendrás que conformarte con unos cuantos filetes.

—Está bien. Tres o cuatro serán bastantes, pero que tengan un par de dedos de grosor.

—Trato hecho, René.

La señora Gardette miraba a Paul con el ceño fruncido.

—¿Están seguros de que acabarán este año de arreglar la avería?

—Qué graciosa es usted, señora Gardette —rió Paul— y es bonita... y además de bonita es...

—Casada.

—Eso es. Casada. Su marido debe ser un tipo podrido de dinero.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se le nota a usted en los ojos.

—¿En mis ojos?

—Sí, usted es de las que sólo dicen el «sí quiero» a un tipo que tenga bien cubierto el riñón. Y ya lo ve, no me he equivocado, porque su marido tiene sobre el riñón láminas de oro.

—¿Habla siempre así a una mujer?

—A todas las bonitas que requieren mi ayuda...

—Yo he requerido su ayuda sólo para que me arregle el baño, Paul... Y ahora, ¿quiere por favor dedicarse a su trabajo?

—Yo prefiero hablar con usted, pero si usted se empeña, seguiré con lo otro. Me voy al encuentro del tipo que trae el grifo. Entretanto, sería mejor que se vistiese.

—No quiero que me dé órdenes.

—No le doy órdenes. Pero usted está solo con esa toalla encima. Imagínese que viene su marido y nos sorprende a usted y a mí en este dormitorio. ¿Qué va a pensar? —¡Mi marido no está en la casa, ni en París!

—¿No?

—Se fue de viaje a Ginebra.

—¿Cuándo?

—Anteanoche.

—Y ¿cuándo volverá?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Por si tiene usted otra avería.

—Señor Vermont, siga la flecha.

—¿Y dónde indica la flecha?

La señora Gardette señaló la puerta.

—Vaya a por el grifo.

—A la orden, señora marquesa —dijo Paul sonriente y salió del dormitorio.

Bajo la escalera y vio que el mayordomo se apartaba del vestíbulo llevando entre sus manos un paquete redondo, que dejó sobre una mesita. Luego, el mayordomo desapareció hacia la cocina.

Paul no dudó de que se trataba del paquete que le había

mandado su jefe de la fontanería.

Silbando, bajó la escalera, atrapó el paquete y subió de nuevo.

Entró en el dormitorio y la señora Gardette dio un grito en un rincón porque se estaba vistiendo.

—¿Por qué no ha llamado a la puerta anunciando su entrada?

—Usted sabía que iba a volver. Ya llegó el grifo.

La joven se terminó de cubrir con un batín.

—¿Quiere ponerlo de una vez para siempre?

Paul cortó las ligaduras del paquete sin mirar éste porque prefería mirar a la señora Gardette.

Quitó el papel mientras se dirigía al cuarto de baño.

—Aquí tienes el grifo, René. Debe haber varios. De modo que elige el que más convenga.

—¿Por qué no lo eliges tú?

—Entonces será mejor que lo elija la señora Gardette.

Paul dejó la caja y regresó al dormitorio.

—Señora Gardette, ¿quiere elegir el grifo?

—No me interesa. Prefiero que lo haga usted.

Esto siempre es a gusto del cliente. Preferimos que elijan ellos y así nos evitamos luego las protestas.

René salió tambaleándose del cuarto de baño y se agarró a la puerta.

—Paul...

—¿Qué pasa?

—¿Desde cuánto hacen grifos con forma de cabeza?

—De modo que también hay de éstos... Se llaman grifos surrealistas. Nuestro jefe es demasiado moderno.

—¿Por qué no le echas un vistazo, Paul?

—Mira, René, si tiene forma de cabeza, seguro que le gustará a la señora. A estas damas les gusta todo lo extravagante.

—Pero es que esta cabeza parece que esté hecha de cabeza.

—¿Qué estás diciendo, René?

El grandullón señaló el cuarto de baño.

—Por favor, Paul, entra.

Paul entró en el cuarto de baño y poco después salió con la caja. Sus ojos estaban fijos en el interior.

La señora Gardette gritó:

—¿Qué están haciendo ustedes ahora? ¿O me van a decir que yo

tenía razón y que no saben poner un grifo?

Paul cogió el papel que había envuelto la caja y miró la dirección.

—Señora Gardette, esto es suyo. ¿Quiere hacerse cargo de la mercancía?

—No le entiendo.

—El paquete vino a su nombre y yo creí que era de la fontanería, pero se trata de algo muy personal.

La joven echó a andar y se detuvo repentinamente observando lo que había dentro de la caja. Una cabeza humana. Su linda boca se abrió y de ella salió un lindo y prolongado chillido.

—Tranquilícese, señora Gardette —dijo Paul.

—¡Dios mío, es la cabeza de Yves, de mi esposo!...

CAPÍTULO V

La señora Gardette retrocedió señalando la cabeza.

—¡Es Yves!... ¡Yves!

—Mujer, no se ponga usted así —repuso Paul—. Todo en este mundo tiene arreglo, ¿verdad, René?

—Seguro, señora Gardette. A lo mejor le mandan el resto.

—Pero ¿qué dicen insensatos? ¿Es que no se dan cuenta? ¡Han decapitado a Yves!

René se tambaleó.

—Ella tiene razón, Paul. No hay pegamento tan bueno para pegar los trozos de un hombre.

—¡Troceado! —gritó la señora Gardette.

Paul chasqueó la lengua.

—René, no deberías decir esas cosas. ¿No ves que asustas a la señora?

—¡Dios mío! ¡Pobre Yves! —gimió la atractiva morena—, ¿qué ha pasado? ¿Qué le hicieron? ¿Quién lo mató?...

—¿Y por qué se lo mandaron así? —retrucó Paul—. Ésa es la pregunta. ¿Por qué le mandaron tan poco de Yves? En, aquí hay una nota.

—Démela.

—¿Quiere que se la lea?

—No. Quiero leerla yo. Es personal.

—Bueno, yo creo que no se la manda Yves. Y también tenemos derecho nosotros a leerla, puesto que fuimos nosotros los que abrimos la caja.

—No diga tonterías y déme esa nota.

—Como usted quiera, señora Gardette.

Paul metió la mano y sacó la hoja de papel, que alargó a la señora Gardette y que ella cogió con mano temblorosa.

La leyó para sí y gritó.

—¿Qué pasa, señora Gardette? —dijo Paul—. ¿Le anuncian quizá que fue atropellado por un tren y que el resto se lo mandan por ferrocarril?

—¡No diga barbaridades!

—Lo siento, yo sólo trataba de darle ánimos.

—Le leeré la nota.

—Adelante, señora Gardette.

«Lydia, usted, como cuarta esposa de Yves Gardette, tiene derechos adquiridos, y por tanto, le corresponde un trozo de él. Ahí lo tiene. El Homicida».

Lydia Gardette miró con ojos desorbitados a los dos fontaneros.

René sonrió y dijo:

—Bueno, debe de estar satisfecha, señora Gardette. Después de todo, el asesino no se ha portado mal y, según parece, sólo hizo cuatro trozos, uno para cada esposa, y creo que en el reparto salió usted ganando porque le reservó la cabeza.

—¿Quiere callarse y no decir tonterías?

—Sí, René, debes callarte —dijo Paul—, porque ahora lo importante es saber quién lo mató.

—Alguien que lo odiaba —apuntó René.

—Eso no nos servirá de mucho, porque a un tipo tan lleno de dinero y de mujeres lo debía de odiar todo el mundo.

—¡El mayordomo!

¿Qué pasa con el mayordomo?

—¿No viste la cara de asesino que tiene? Y el muy canalla dijo que aquí no había ocurrido ningún asesinato. ¡Yo lo adivine, Paul!

—Pero el cadáver no estaba en la armadura.

—¡Seguro que estuvo!

—¿Qué quieres decir?

—¡Ya lo tengo! ¡El mayordomo hizo pedazos a su señor! ¡Lo he oído decir muchas veces! Los criados sienten odio contra sus amos y llega un día en que se levantan, ¿y qué es lo que hacen?

—Piden el sueldo y se van.

—Pero el mayordomo no se fue, Paul. ¿Por qué? Porque en lugar de pedir el sueldo y marcharse, decidió trocear a su patrón.

—Y servirlo en raciones.

—¡Eso Paul! ¡Ya lo tenemos! ¡Pero no se preocupe, señora

Gardette! Ahora mismo me encargo yo del mayordomo.

René echó a correr como un bisonte enloquecido y salió del dormitorio.

Lydia tragó saliva y dijo:

—¿Quiere cerrar de una vez esa caja?

Paul la cerró.

—Señora Gardette, usted y yo sabemos que el mayordomo no lo hizo.

—Entonces, ¿por qué ha dejado que René fuese a por Raymond?

—Era una prueba psicológica.

—¿Una prueba psicológica?

—Esperé que usted detuviese a mi amigo pero no lo ha hecho.

—No le entiendo.

—Cuando se mata a un hombre se dice: «Cherchez la femme», y en este caso nos encontramos con que hay cuatro esposas. Pero sólo usted era la oficial en el momento en que Yves se fue al otro mundo. ¿Hablo bien?

—No habla bien, pero lo dice con exactitud. Yo era la cuarta esposa y la única legítima en estos momentos. Las demás eran exesposas.

—¿Qué motivos tenían ellas para matar a su esposo?

—Y yo qué sé. Pero no es usted policía para hacerme esas preguntas.

—¿Por qué no quiere contestar?

—Porque no tiene derecho a que le conteste. ¿Sabe lo que es usted? Un fontanero que vino para arreglar un grifo.

—Sí, señor, pero resulta que me gusta el detectivismo.

—¿El qué?

—Seguí un curso de aficionados.

—¿Es de los que gasta su dinero en esas estupideces?

—Ahora se llama *hobby*, para decirlo con palabra inglesa. Una diversión. Yo me aburría y pensé que podría aprender cosas relacionadas con los crímenes. Siempre me han gustado las novelas policíacas. Las he devorado y sé algo de Derecho Penal.

—¿Qué cosa no sabe usted, Vermont?

—Si se lo digo, ¿me promete no divulgarlo?

—Prometido.

—Una de las pocas que no sé es el oficio de fontanero.

—¿Y por qué ha venido como fontanero?

—La necesidad, señora Gardette, la necesidad. Tenía que trabajar en algo. Mi amigo y yo vendíamos apartamentos en la playa.

—¿Y por qué no siguieron con los apartamentos en la playa? Eso rinde más. —Porque resultó que los apartamentos no existen.

—¿Qué?

—Nuestro jefe era un vivales. Se servía de unos agentes, de nosotros, para vender unos apartamentos que sólo existían en su mente, pero había hecho publicar unos folletos preciosos y la gente picaba.

—¿Y por qué no está usted en la cárcel?

—Gracias a mis cursos de detectivismo. La policía nos quería encerrar a René y a mí, como había encerrado a otros compañeros, por complicidad. Pero René y yo logramos escapar de los polis. Me dediqué a probar nuestra inocencia y lo conseguí.

—Y entonces decidieron engañar a la gente como fontaneros.

—Bueno, el oficio de fontanero se puede aprender pon el tiempo. Sólo consiste en que los clientes sufran de vez en cuando alguna inundación.

—Ya me cansé de oírle majaderías, Paul.

—Está usted en apuro con respecto al crimen cometido en la persona de su esposo.

¿También le parece una majadería?

—¿Yo en un apuro? ¿Pero de qué está usted hablando?

—¿Quiere que le enseñe otra vez la cabeza?

—¡No!

—Entonces proseguiré. Señora Gardette, hay un hombre en su vida.

—Ese hombre ya está muerto. Es Yves.

—No me refería a él, sino al otro.

—¿Al otro? ¿Qué otro?

—Señora Gardette, usted tiene un tipazo y yo he tenido ocasión para saberlo gracias a su caída en el baño. Le tomé las medidas mientras se secaba.

—¡Es usted un caradura!

—Eso ya lo dijo.

—¡Y un fresco!

—Lynda, ¿por qué no es más sensata y me escucha? ¿Quién es él?

—No hay otro hombre en mi vida. ¡Yo era fiel a mi esposo!

—Señora Gardette, tal como veo yo las cosas, su marido era un hombre que viajaba mucho.

—¿Cómo lo sabe?

—Si tenía tanto dinero, debía de ir de un sitio a otro. Usted mismo dijo que anteayer hizo un viaje a Ginebra. Normalmente, debió llegar entero, ¿y qué es lo que pasa? Que ahora sólo llega la cabeza por mediación de Mensajerías Albatros.

—¿Qué quiere sugerir? ¡Dígalo con claridad!

—Que lo mató su amante.

—Es usted un bruto. ¡Yo no tengo amante!

—Sería mejor que lo admitiese y así podría defenderla.

—¿Defenderla?

—Encargarme de su caso. Descubrir el asesino.

—Yo no necesito ningún detective.

—La policía judicial le hará preguntas.

—La policía judicial puede hacerme todas las preguntas que crea necesarias, pero usted no va a lograr nada. Y me está poniendo nerviosa, Paul.

—Yo creí que se había puesto nerviosa al ver la cabeza.

Pero usted me está destrozando más los nervios que esa cabeza.

Se oyó un tremendo golpe y el mayordomo entra en la habitación dando trompicones.

Se detuvo junto a la caja en el suelo.

René entró frotándose las manos.

—Paul, aquí está el asesino.

—¿Confesó, René?

—Todo... Ha admitido que se quedaba por lo menos con quinientos francos al mes de los gastos de la casa. Sí, Paul. Raymond hacía trapicheos. ¿Y qué es lo que pasó? Yo te lo diré. Que el señor Gardette descubrió la clase de estafa que estaba cometiendo Raymond y trató de ajustarle las cuentas, pero no contó con que Raymond le ajustaría las cuentas a él.

El mayordomo estaba mirando el interior de la caja.

—¡Dios mío, si es el señor!... ¡Pobre señor! ¡Perdone, señor!

—Mira en qué lo has convertido —dijo René.

—¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!

—¡Has confesado!

—Sólo he confesado que hacía trapicheos porque me pusiste la mano en el cuello y querías ahogarme.

—Tú lo mataste para evitar que te descubriese.

—Oh, no, nunca discutimos por dinero —miró a Lydia—. Señora Gardette, naturalmente suponía que su marido sabía que yo me quedaba con algo de dinero y usted también lo sabe, pero ni usted ni nadie puede creer que yo haya matado al señor.

—Descansa tranquilo, Raymond. No creo que seas el culpable y, para que te sirva de alivio, estos dos hombres son dos farsantes y no tienen nada que ver con la policía. Raymond, te voy a dar una orden.

—Sí, señora.

—Llama a la policía judicial inmediatamente. Desde ese teléfono —estaba señalando el de la mesilla de noche.

Raymond dio un rodeo para no tropezar con la macabra caja.

Lydia levantó el brazo y señaló la puerta.

—Y usted, Paul y René, va se pueden ir marchando...

—No, no nos marchamos —contesté Paul.

—¿Por qué no?

—Nosotros descubrimos la cabeza y el comisario querrá saber cómo fue.

—No se preocupe. Yo se lo explicaré.

—No creo que le baste. De modo que nos quedamos.

René dio un suspiro y gritó:

—¡Eh, Paul, tendremos otra vez líos con la policía!

—Yo no lo llamaría así.

—¿Te acuerdas de lo que nos dijo el comisario Blanchère cuando vendimos los apartamentos que estaban en el aire? Dijo que si nos volvía a pillar en otro asunto feo, descargaría sobre nuestra cabeza toda la ley —insintintivamente René encogió su enorme testa, como si la sintiese sobre ella aquel peso amenazante.

—Tranquilo, muchacho, no va a pasar nada.

—Es lo que tú dices, pero ¿qué dirá el comisario Blanchère?

—No te preocupes. El y yo somos como éste y éste. —Paul señaló dos dedos unidos de su diestra.

El mayordomo estaba muy nervioso.

—¿Qué te pasa, Raymond? —inquirió Lydia.

—Estoy marcando información y me equivoco. No sé el número de la policía.

—Debiste preguntar a un hombre con experiencia —repuso Paul Vermont y a continuación le dio el número de la policía.

El gimió.

—Sigo pensando que lo mejor es que nos olvidemos de la cabeza cortada y que nos larguemos, Paul. La señora Gardette lo dijo. No tenemos nada que ver con esto. Nosotros somos fontaneros y vinimos a arreglar un grifo.

En aquel momento se abrió de golpe la puerta del cuarto de baño y una tromba de agua irrumpió en la habitación y arrastró al mayordomo, el cual se puso a gritar por el micro:

—¡Policía!... ¡Policía! Un asesinato y una riada... ¡Un asesinato y una riada!...

CAPÍTULO VI

Paul Vermont y René Lorin estaban sentados en un banco, en el corredor. Un inspector al que ya conocían, Gilles Umbert, los observaba de vez en cuando con una sonrisa en los labios.

—Paul, todavía estamos a tiempo de escapar —dijo René por lo bajo.

—No pienses en eso.

—Soy fuerte. Ese tipo no me durará ni un puñetazo.

—Hasta ahora no te hizo nada.

—No, ninguno nos hizo nada, pero cuando el comisario nos vea, se va a armar la gorda.

Una puerta se abrió a la izquierda y otro inspector hizo una señal.

—Pasad, muchachos. El comisario os espera.

René miró al cielo raso.

—Ya nos atraparon. Ya no tiene remedio.

Fueron conducidos por el inspector al despacho del comisario Blanchère quién se encontraba con mucha compañía, las exesposas de Yves Gardette. La rubia trigueña Suzanne, la pelirroja Violette, la rubia platino Danielle y la morena Lydia.

—Demonios, comisario —sonrió René—, ¿lo hicieron a usted del jurado para elegir a *Miss Francia*?

Estaba paseando la mirada por las cuatro exesposas, aunque ahora una de ellas hubiese pasado a ser viuda.

El comisario Robert Blanchère era un hombre de talla baja, piel arrugada, cejas muy juntas y espesas, ojos negros como el betún, unos ojos que observaron a Paul y a René con sospecha.

—¡Ya os hice una advertencia!

René gritó:

—¡Lo tuvimos en cuenta, comisario! ¡Lo tuvimos en cuenta! Pero las circunstancias son las que mandan. ¿Verdad, Paul, que fueron

las circunstancias?

—Lo que dice René es cierto, comisario. Sólo somos dos modestos fontaneros que fueron llamados para arreglar un grifo.

—¡Que terminaron de arreglar los bomberos!

—Siempre hay fallos, comisario. Usted sabe que nadie es infalible. Ni siquiera usted. Blanchère apretó los dientes.

—¿Es una censura, Paul?

—Recuerde el caso de los apartamentos inexistentes.

—¡Silencio, Paul!

—Sólo quería decir que, gracias a nosotros, quedó todo aclarado.

—¡Paul, te conozco bien!

—Sólo quería ayudarle ahora como entonces.

—No necesito tu ayuda.

—¿Qué me dice de las Mensajerías Albatros? Apuesto a que los otros trozos de Yves Gardette les llegó a sus exesposas por mediación de dicha agencia.

—Sí, es cierto.

—¿Y cómo llegaron las piezas hasta las Mensajerías?

—Te crees muy listo, ¿eh? ¿Piensas que la policía judicial no se ha ocupado de eso?

—¿Y ya se ha ocupado?

El comisario dio un suspiro.

—No hay nada que hacer. Un muchacho de catorce años, Raoul Labbey, llevó los paquetes a las Mensajerías Albatros.

—¿Y quién se los dio a Raoul Labbey?

—Estaba jugando en la calle, cerca de las Mensajerías, cuando lo llamaron desde un coche.

—¿Qué clase de coche?

—Un «Citroën» dos caballos, pero debiste preguntar antes por el individuo.

—Apuesto a que el muchacho no sabe nada del individuo y por eso pregunté antes por el coche.

El comisario se quedó con la boca abierta, pero enseguida dijo:

—El tipo llevaba gafas oscuras. Dijo llamarse Jean Duval. Según Raoul, debe estar por los cuarenta y los cincuenta años, pero el muchacho no retuvo ninguna marca especial del fulano.

—¿Cuánto pagó el sujeto a Raoul para llevar esos paquetes a las Mensajerías? —Le dio diez francos y le dijo a Raoul que se quedase

con la vuelta.

René intervino:

—¿Y cuánto le sobró al muchacho después de pagar el envío de los trozos del señor Gardette?

—Tres francos y medio.

—Demonios, pues hizo buen negocio.

—¡René, estás hablando delante de cuatro mujeres atribuladas!

René miró a las mujeres y dijo:

—Yo no las veo tan atribuladas. ¿Cuánto heredan cada una?

La viuda, que se había vestido con traje oscuro y sombrerito con velo, dijo:

—Yo soy la heredera puesto que era la legítima esposa, aunque Yves tuvo en cuenta a las demás. Cada una de ellas recibirá un millón de francos. René sacudió la mano en el aire.

—Enhorabuena, señoras viudas...

Paul tosió.

—Eh, René, sólo hay una viuda. Las otras eran exesposas. Señora Gardette, ¿a cuánto asciende la fortuna que heredará usted?

—No lo sé.

—Poco más o menos.

—No tengo idea.

—¿Cien millones de francos?

—Puede que más.

Paul encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Caramba, pues se ha convertido usted en una auténtica joya, se la mire por donde se la mire.

El comisario Blanchère, que estaba escuchando el diálogo, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Maldita sea, yo soy el que lleva esta investigación!

—¿Por qué? —pregunto René.

—¡Porque soy el comisario! Y si tienes alguna duda, yo te la quitaré porque te mandaré encerrar.

—Usted es el comisario. ¿Qué tal, comisario? ¿Cómo está la familia, comisario?

—¡Basta de comisario!

Sí, señor Blanchère.

—¡No me digas señor Blanchère!

—Como usted quiera, comisario. Oh, perdón, señor Blanchère.

Ya la metí otra vez.

—¡Cierra la boca hasta que te lo ordene!

—Sí, señor, hasta que usted lo ordene. —René se puso una mano en la boca.

Sonó el timbre del teléfono y el comisario lo atrapó.

—¿Diga? Ah, hola, Emil, ¿qué me dices? No me digas... —El comisario lanzó una carcajada—. Muy bueno, Emil, muy bueno el chiste. A propósito, ¿cómo está tu mujer?

—Dale un pellizco de mi parte —soltó otra carcajada y colgó.

Todavía sonriendo y moviendo la cabeza, dijo:

—Señora Gardette, me acaban de decir que su marido fue asesinado hace dos días, aproximadamente, anteanoche.

—¿Cómo lo sabe?

El comisario señaló el teléfono.

—El hombre que estaba al otro lado del cable era el forense, un hombre competente, y si él dice que su marido fue troceado anteanoche, es que fue troceado anteanoche. Oh, perdón, quise decir asesinado.

Paul Vermont intervino:

—Pero el señor Gardette estaba en Ginebra desde hace dos días.

—No estaba en Ginebra, Paul.

—¿Y dónde estaba?

—De viaje.

—¿Hacia dónde?

—Hacia París.

—¿Cómo lo sabe?

—Llamamos a su casa de Ginebra. Un criado, Mauricio, nos dijo que el señor Gardette había salido la noche anterior, es decir anteanoche, de Ginebra hacia París. Manejaba un «Jaguar». Nadie lo acompañaba. Tengo el número de la matrícula.

—¿Era normal que viniese a París?

—No, no era normal, porque se puso en camino después de recibir una llamada telefónica.

—¿Y quién lo llamó?

—Al parecer una mujer.

—¿Y cómo sabe que fue una mujer?

—Porque Mauricio oyó unas palabras.

—¿Qué palabras?

—El señor Gardette decía: «Sí, querida, me reuniré contigo. Vosotras, las mujeres siempre estáis importunando».

—¿Algo más?

—No, eso fue todo.

René gritó:

—¡Entonces todo está claro! Una mujer citó al señor Gardette y, por tanto una mujer es la asesina —señalo sucesivamente a la viuda y a las otras tres exesposas de Yves Gardette—. ¡Una de ellas lo despedazó!

CAPÍTULO VII

La viuda gritó:

—¡Comisario, este hombre está loco! ¡Me está acusando!

Lo decía porque René, después de recorrerlas a todas con el dedo, se había detenido en ella.

—Se ha puesto pálida, señora Gardette —rió René de manera escalofriante antes de que interviniese el comisario—. ¿Por qué? ¡Porque le remuerde su conciencia!

—No sea estúpido. Yo estuve todo el tiempo en mi casa.

El comisario exclamó:

—¡Te dije que mantuvieses la boca cerrada, René! Hemos comprobado esa parte de la declaración de la señora Gardette. Efectivamente, no salió de su casa desde que se marchó su esposo. Ni siquiera salió a tomar un vermut.

—Entonces es una de las otras.

Las tres exesposas de Yves Gardette se pusieron a gritar a una.

—¡Estúpido!

—¡Pedazo de alcornoque!

—¡Lo demandaré por esto!

El comisario Blanchère aporreó la mesa con el puño.

—¡Cállense todos! ¡Es una orden!

Se hizo un silencio y Blanchère prosiguió:

—Márchense a casa, señoras. Les informaré del curso de la investigación. De momento, no podemos hacer nada. Pero les advierto que ninguna de ustedes puede salir de París. En un momento, determinado recibirán mi visita. Ya pueden marcharse.

La viuda fue la última en hacerlo.

—Comisario, gracias por el interés que está demostrando en el descubrimiento del asesino de mi esposo.

—Es mi deber, señora Gardette. Reciba mi más sentido pésame.

Cogió la mano derecha que la hermosa Lydia le alargaba y

acercó sus labios al dorso.

Luego la joven dirigió una mirada a Paul y René.

—Señor comisario, espero que estos hombres sigan siendo lo que son, fontaneros.

La señora viuda de Gardette salió de la estancia con la dignidad de una reina.

El comisario Blanchère observó una vez más a Paul y a René.

—Conque otra vez aquí, ¿eh?

—Fueron las circunstancias —repitió René.

—Esto es muy malo para vosotros.

—Tiene razón, jefe, tiene razón.

—¿Por qué me llamas jefe, René?

—Usted no quiere que le llame comisario, ni tampoco quiere que le llame señor Blanchère, y entonces se me ocurrió llamarle jefe. ¿O tampoco quiere que le llame jefe? Blanchère apretó los maxilares.

—Llámame como quieras.

—De acuerdo, Robert.

—¿Qué es eso de llamarme Robert?

—Usted ha dicho que lo llame como quiera.

—¡Basta, René, o me volverás loco! ¡Sólo quiero hablar con Paul! ¿Lo entiendes?

¡Sólo con Paul!

René fue a replicar, pero Paul se lo impidió con un gesto.

—Está bien, comisario. Adelante. Suelte el grifo.

Yo no suelto el grifo.

Disculpe, es una reminiscencia de nuestra profesión de fontanero.

—Una profesión de dos días.

—La vida estaba muy mal, comisario, y somos fontaneros como podríamos haber sido banqueros.

—¿Cómo ibais a ser banqueros?

—Suponga que hubiésemos tenido esos cien millones de francos o más que va a recibir la viuda, ¿seríamos o no banqueros?

—¡Basta, Paul! Estoy realizando mi trabajo y no consiento que nadie me haga chistes. —Como usted mande, comisario. Fuera chistes... ¿Quién mató a Gardette?

—¿Qué?

—¿Que quién mató a Yves Gardette?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—No se preocupe. René y yo nos pondremos en marcha y le descubriremos al asesino en el tiempo que tarda usted en beber dos botellas de pernaud.

El comisario empezó a ponerse rojo mientras Paul decía:

—Vámonos, René.

Los dos amigos habían echado a andar la puerta cuanto el comisario dio tal puñetazo en la mesa que hizo temblar hasta las puertas.

—¡Quietos los dos ahí!

Los fontaneros se inmovilizaron.

—¿Qué le pasa, jefe? —preguntó Paul.

—Eso, ¿qué le pasa, comisario? —insistió René.

—Paul, has dicho que os vais a poner en marcha.

—Sí, señor.

—Hasta la cárcel.

—¿Qué?

—Que os vais a poner en marcha hacia la cárcel como metáis vuestras sucias manos en este asunto.

René se miró las manos.

—Eh, señor Blanchère, mis manos no están sucias gracias a la inundación que sufrimos.

El comisario pegó otro puñetazo en la mesa.

—¡No me refería a esta clase de suciedad! ¡No quiero veros enredar en el caso de Yves Gardette!

Paul intervino:

—Jefe, hasta ahora no tiene el muerto completo.

—¿Y qué?

—Nosotros le facilitaremos los otros pedazos.

—¡No quiero los otros pedazos!

—Eh, comisario, si no tiene el cadáver completo, ¿cómo lo van a enterrar? ¿No sería mejor que lo fuese uniendo todo como las piezas de un rompecabezas?

—Paul, me va a dar algo si sigues hablando de esa forma de un cadáver.

—Creí que ustedes, los policías, tenían costumbre en tratar con fiambres, pero, si es usted tan delicado, retiro lo dicho de los trozos que se llenarán de gusanos.

—¡Fuera! ¡Fuera!

—A la orden, jefe.

Los dos amigos salieron y René dijo:

Eh, Paul, ¿por qué le dijiste lo de los gusanos?

Para que nos echase antes de que las cosas se complicasen.

En aquel momento se abrió una puerta de enfrente y el inspector Gilles apareció con mucha prisa.

—¡Ya lo han encontrado! ¡Ya lo han encontrado! ¡El «Jaguar»!

—¿Dónde? —inquirió Paul.

—En Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Gracias, Gilles.

—De nada —contestó el inspector y se metió en el despacho del comisario Blanchère.

Paul dio un codazo a su amigo.

—Vamos, René, tenemos trabajo.

—¿Adónde?

—En Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Eh, Paul, tenemos que ir a ver al patrón.

—¿Para qué?

—Para que nos de trabajo.

—¿Crees que nos dará trabajo después de la catástrofe que ocasionamos en casa de la señora Gardette? Recuerda que intervinieron dos cubas de los bomberos. —Dios mío, tienes razón. Nos despedirá.

—Seguro.

—¡El sindicato! ¡Eso, eso! ¡El sindicato nos ayudará!

—Eh, René, no te sugestionas. No tuvimos tiempo de sindicarnos.

—¡Estamos en la calle! Y sólo con las estrellas como techo.

—Tenemos una habitación en la pensión de la señora Naullin.

—Pero le debemos tres semanas y hoy dijo que le pagáramos o nos tiraba a la calle.

—Le pagaremos.

—¿Con qué?

—Con el dinero que saquemos.

—¿De dónde?

—Me doy por vencido, René. Preguntas demasiado.

—Paul, todavía estamos a tiempo de buscar otro empleo.

Compra un periódico. Leeremos los anuncios.

—Eso, a comprar, a derrochar.

—Conozco un jardín en donde la gente se deja los periódicos en los bancos.

No habían dejado de andar y ya habían llegado a la estación de autobuses.

—Eh, Paul, ¿qué hacemos aquí?

—De este lugar sale el autobús que va a Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—¿Y dónde está eso?

—A cuarenta kilómetros de París.

—Pero no podemos ir allí. Nos encontraremos con el comisario.

—Blanchère sólo prohibió a las mujeres que salieran de París y, por tanto, nosotros podemos viajar adonde nos parezca.

René hizo chasquear los dedos.

—¿De dónde vas a sacar el dinero para comprar los billetes, Paul?

—Ya lo tuve en cuenta.

—No me digas que le robaste la cartera a alguien.

—Le pedí un préstamo a nuestro patrón esta mañana.

Demonios, ¿por qué no me lo dijiste?

Te quería dar la sorpresa a la hora de comer.

—¿Cuánto te prestó?

—Cien francos.

—Caramba, podremos pagar a la señora Naullin.

Paul Vermont fue a la taquilla correspondiente y compró dos billetes para Sainte-Isabelle-des-Eglises.

Llegaron a la localidad en una hora.

Entraron en un bar.

—Éste es el mejor lugar para informarse —dijo Paul.

Atendía el mostrador una mujer gruesa.

—¿Cómo se llama usted, bella dama? —preguntó Paul.

—Henriette.

—Encantado, Henriette. Mi amigo y yo somos periodistas.

—Ya sé a lo que vienen... Caramba. Son ustedes los primeros... ¿Qué quieren que les sirva?

—Apuesto a que el vino de aquí es bueno.

—De lo mejor.

—Pues dos vasos de vino.

—Y un bocadillo —dijo René.

Paul le pegó con el codo en el costado.

—Mi amigo ya no quiere el bocadillo. —Se refería a que tardarían mucho tiempo en servirlo y él no había ido allí para perder el tiempo.

Henriette sirvió los dos vasos y señaló un bote de cristal en donde había unas morcillas. Se dirigió a René.

—¿Quiere que le ponga una morcilla de éstas? Son muy buenas. En aceite. Las hacemos en casa.

—Está bien, pero ponga dos morcillitas en el mismo pan.

Paul atacó el asunto mientras Henriette preparaba el bocadillo.

—Sabemos que el coche es un «Jaguar». ¿Dónde está?

—Al lado del chalet, donde encontraron lo otro. ¿Lo sabe ya?

—Claro, trozos humanos.

—Una pierna, un brazo.

—¿Quién lo descubrió?

—Él perro del señor Forquin. Es muy juguetón, ¿sabe? Entró en el jardín y se puso a escarbar. Se llevó una pierna y se la dio al señor Forquin, que estaba en la carretera. Pobre señor Forquin. Se llevó un susto de muerte. En un principio, el señor Forquin pensó que «Charles», el perro, habría dejado cojo a alguien. Fue a la gendarmería y dio el aviso. Un buen ciudadano, ¿no le parece? Sáquelo bien en el periódico. Se lo merece.

—No se preocupe. Todos saldrán bien, incluso usted, Henriette.

—Eh, no les veo máquina fotográfica.

—Nuestro compañero llegará después.

La mujer se ahuecó el cabello.

—¿Quiere decir que me harán una fotografía?

—Oh, no, Henriette, le haremos tres.

—Me voy a arreglar el pelo.

—No se vaya todavía. Dígame, ¿de quién supone que son los trozos?

—Lo sabemos.

Usted ha hablado que se encontraron los trozos en un jardín.

Sí, en el chalet del señor Yves Gardette. Por eso todo el mundo teme que sea el señor Gardette. Al fin y al cabo, su coche estaba allí.

—¿Desde cuándo tenía el señor Gardette ese chalet?

—Desde hace tres años. Se lo compró al señor Lefevre. Ustedes sabrán cosas del señor Gardette.

—Muchas. Era un hombre con mucho dinero. Pero ¿por qué el señor Gardette compró un chalet en Sainte-Isabelle-des-Eglises?

—¿No se lo imagina?

Henriette se echó a reír. Estaba mirando a Paul y desvió los ojos hacia René, que no dejaba de darle a los maxilares, despachando su bocadillo con dos morcillas en aceite.

—Mujeres —dijo Paul.

—Acertó.

—¿Y cuántas recibía?

—Oh, no más de una a la vez. El señor Gardette era un hombre muy moral.

—Apuesto a que sabe cuál fue la última, la que llegó hace dos días.

—Yo no la vi, pero la vio alguien, Roger Morey.

—¿Y qué le dijo Roger Morey de esa mujer?

—Nada. Quiero decir que no ha dicho nada a nadie, excepto al jefe de la gendarmería.

—¿A qué se dedica Roger Morey?

—Es un empleado de la estación de servicio del señor Berthier.

—¿Y dónde está la estación de servicio?

—A la salida del pueblo, cerca de la tercera iglesia. No tiene pérdida. Es la carretera de París.

Paul y René bebieron los vasos de vino y el primero pagó lo consumido.

Se encaminaron a la estación de servicio del señor Berthier.

—Eh, Paul, eso de hacernos pasar por periodistas está castigado por la ley, ¿verdad? —Esperó que contestase su amigo y, como no lo hizo, agregó—: Apuesto a que al comisario Blanchère no le gusta nada.

—Recuerda que no dimos nuestros nombres. —Repámanos. Es verdad.

CAPÍTULO VIII

Llegaron a la estación de servicio.

Había cuatro postes y dos de ellos estaban en funcionamiento, sirviendo gasolina a otros tantos autos.

Paul se dirigió a un tipo gordo que se hurgaba la boca con un mondadientes.

—¿Roger Morey?

—Tuvo suerte. Soy yo.

—Somos del *France Soir*.

Roger Morey era de talla alta, robusto, cara de facciones anchas.

—Tendrán que pagarme, amigo.

—Claro que le pagaremos.

—¿Cuánto?

—Diez francos.

—Deje que me tire al suelo y me ría.

—Pues no se tire y acepte veinte francos.

René fue a protestar pero Paul le pisó el pie.

Morey movió la cabeza en sentido negativo.

—Ni hablar. Tendrá que ser cincuenta francos.

—Trato hecho.

—Déme el dinero.

—Cinco ahora y el resto después.

—¿Después de qué?

—De que le hagamos las fotografías. Nuestro colega se retrasó un poco. Queremos dispararle varias placas en distinta posición, aunque quedará mejor un primer plano. Usted es fotogénico. Se le nota enseguida —codeó a René—. Eh, muchacho, ¿qué te parece un primer plano de Roger Morey?

—Sensacional —gruñó René sin entusiasmo porque no dejaba de preocuparse por el lío en que se estaban metiendo.

Roger Morey se sintió halagado por las palabras de Paul.

—Está bien. Los cinco francos ahora y los cuarenta y cinco cuando me vayan a tirar las fotografías.

Paul le entregó los cinco francos.

—Hable, Roger, pero dése prisa.

—¿Por qué he de darme prisa?

—¿Por qué va a ser? Por los competidores. No tardarán en llegar.

—Verá, yo tenía una cita por ahí... Me refiero al chalet del señor Gardette. Mi chica se retrasó un poco y de pronto vi llegar a la mujer, iba andando. Era una pelirroja. Me impresionó por su tipazo. Era algo serio, amigos, se lo digo yo.

—¿Y qué me dice de su cara?

—No pude ver bien su cara.

—¿Por qué no?

—Porque llevaba gafas oscuras muy grandes, pero se le notaba que era bonita.

—¿Cómo iba vestida?

—Blusa morada y falda negra.

—¿Adónde fue?

—¿Adónde iba a ir? Al chalet donde se encontraron los pedazos humanos, el del señor Gardette.

—¿Y dónde dejó ella el coche?

Yo no vi que llevase coche.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Anteanoche.

—¿Cómo pudo verla con tanta claridad si era de noche?

—No la vi con claridad. Yo estaba detrás de un árbol, esperando a mi chica, y esa mujer pasó muy cerca de mí, pero ella no se dio cuenta. Y otra cosa, había luna llena.

—¿Qué más?

—Eso fue todo. —Roger se echó a reír—. Bueno, la verdad es que tuve un pensamiento. Aquella pelirroja era mucho mejor que la que yo estaba esperando, y me puse a imaginar que pudiese entrar allí con ella.

—¿Vio el «Jaguar»?

—Si, claro, el «Jaguar» estaba allí.

—¿Donde?

—En la puerta del chalet.

—¿Vio también al señor Gardette?

—No, no lo vi.

—¿No tiene cochera el chalet?

—Sí.

—Y sin embargo, usted vio el coche en la puerta.

—Desde luego y allí sigue.

—¿Había visto usted con anterioridad a la pelirroja?

—No.

—¿Y a otras mujeres?

—Cierta vez vi una... Demonios, ese hombre tenía gusto.

—¿Cómo era esa otra?

—Rubia platino. A ésa la vi de día. Una belleza.

—¿Cuándo la vio?

—Hace un par de meses, y si me pregunta por el vestido, también lo recuerdo. Era un traje sastre de esos que parecen tejidos con hilo de oro. Y era elegante como una maniquí. Se estaba despidiendo del señor Gardette en la puerta del chalet. Se besaron en la boca y se sujetaban bien, seguramente para no caer. —Roger Morey rió su chiste.

Paul y René también rieron para no desmoralizarlo.

—Oiga, Morey —dijo Paul—, si el señor Gardette tenía ese chalet desde hace tres años, alguien debía ocuparse de hacer el servicio, ya sabe, de la limpieza.

—Oh, sí, lo hacía la señora Resnais.

—¿Y dónde vive la señora Resnais?

—Eh, no vayan tan rápido. ¿Y mi dinero?

—Usted está antes que la señora Resnais. De modo que el fotógrafo le tirará las placas a usted. Y él mismo le pagará el resto.

Roger Morey les dijo dónde podían encontrar a la señora Resnais y los dos amigos se alejaron de la estación de servicio.

René exhaló el aire de sus pulmones.

—Dios mío, cada vez nos metemos más hasta el cuello.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

—Se me ocurre una pregunta, Paul. ¿Quién va a pagar nuestro trabajo?

—Alguien.

—¿Todavía no lo sabes?

—No, todavía no, pero tenemos dónde elegir. Recuerda. Son

cuatro herederas.

Llamaron a una casa y les abrió una mujer de unos cuarenta años, de talla normal, seca, de ojos hundidos en las cuencas.

—Señora Resnais, somos de la Prensa —dijo Paul—. Venimos a preguntarle acerca del señor Gardette.

—No esperen que les cuente nada.

—¿Por qué no? Su nombre saldrá en los periódicos y también le haremos fotografías.

—No me interesa salir en los periódicos.

—Muy bien. Le interesará servir a la justicia.

—Ya hablaré con la policía cuando me interroguen.

—La señora Resnais fue a cerrar la puerta, pero Paul se lo impidió.

—Señora Resnais, le he mentado.

—¿No son de la Prensa?

—Yo sí, pero éste no —señaló a René, que estaba con la boca abierta.

—¿Y quién es él? —preguntó la mujer.

—Una de las víctimas.

—¿Una de las víctimas? No comprendo...

—Su hermanita estuvo con el señor Gardette en el chalet... Una pobre muchacha. En fin, ¿para qué le quiero contar a usted?

La señora Resnais se mojó los labios.

—Siempre pensé que el señor Gardette estaba siendo empujado por el diablo.

—Lo mismo pienso yo, señora Resnais. Y mire a este hombre. ¿Qué hará ahora con su hermana y con su hija?

—¿La criatura? ¿Hay un hijo?

Paul ni dijo nada y se limitó a hacer un gesto vago.

—Pasen, por favor —dijo la señora Resnais.

Entraron en un comedor vulgar. Había muy poca luz.

—Pobre chica. ¿Cómo se llama usted?

—René Lorin —contestó el grandullón antes de que Paul pudiese impedir.

—¿Y ella?

René ya no supo contestar y lo tuvo que hacer Paul por él.

—Brigitte. Ése es su nombre, señora Resnais. Pero hágale del señor Gardette, y luego nos ocuparemos de mi amigo.

La cara de la señora Resnais se endureció mientras su mirada se perdía a lo lejos, en un punto indeterminado de la pared.

—Sé que el señor Gardette recibía allí a mujeres. A sus amores secretos.

—¿Cuántas, señora Resnais?

—Yo sólo vi a una.

—¿Y por qué no vio a las demás?

—Porque el señor Gardette me ordenaba que regresase a mi casa cuando tenía una cita.

—¿Y cada cuándo tenía una cita?

—A veces pasaban dos o tres semanas sin que él viniese aquí, pero no crea que por eso pensaba que el señor Gardette no se reunía con alguna mujer en otra parte. Ese hombre era insaciable.

—¿Cómo era la mujer que usted vio?

—Pelirroja, alta, muy bella, de ojos azules. No crea que el señor Gardette consintió que yo la viese. Ella apareció inesperadamente y, por la cara que puso el señor Gardette, él debía estar esperando a otra. ¿Usted me entiende?

Sí, señora Resnais. ¿Desde cuándo se ocupaba de la limpieza en el chalet del señor Gardette?

—Hace seis meses.

—Tengo entendido que el señor Gardette compró el chalet hace tres años.

—Sí, señor, pero es que la mujer que hacía antes la limpieza murió. Era la señora Massais. Estaba sola en el mundo. Era amiga mía. De modo que cuando ella falleció, fui a ofrecerme al señor Gardette. No debía hacerlo, porque yo sabía por la señora Massais que el chalet era un lugar de corrupción.

—¿Y qué le había dicho la señora Massais?

—Me habló del señor Gardette y de las mujeres. Que el señor Gardette recibía a muchas, a unas y a otras.

—Imagino que le hablaría de ellas en particular.

—No. La señora Massais tampoco las veía. El señor Gardette utilizaba el mismo procedimiento con ella que conmigo. La despedía antes de que llegase la de turno —clavó los ojos en René, que escuchaba sin decir nada—. Pobre señor Lorin.

René dio un respingo.

Paul empujó a su amigo hacia la puerta y sonrió a su

informadora.

—Señora Resnais, le doy las gracias por su colaboración. Tratamos de conseguir algo para la madre y para la criatura...

—Siendo para un fin como ése, puede incluir mi nombre en su crónica.

—Muy amable, señora Resnais.

Los dos amigos salieron de la casa, y en ese momento oyeron la bocina característica de un coche de la policía.

—¡Dios mío, llegó el comisario!

—Ya terminamos, René. Podemos regresar.

CAPÍTULO IX

—Querida, ¿te vas a casar conmigo ahora?

—Claro que sí, André. ¿Cómo lo puedes dudar?

—Eres maravillosa...

André Gilbert besó los labios de Violette.

—Me gustaría casarme contigo ahora, querida.

—No puede ser hasta que no haya recibido el millón, André.

—¿Y cuándo lo recibirás?

—Imagino que será muy pronto.

La puerta se abrió de golpe y Paul Vermont dijo:

—Usted no va a recibir nada, Violette, y con eso quiero decir que tampoco habrá matrimonio porque se irá a la cárcel.

André tenía sobre sus rodillas a la pelirroja Violette, y se levantó con muy poca corrección porque la pelirroja le resbaló de las piernas y cayó en la alfombra.

—Perdona, querida.

—No tiene importancia.

Paul no estaba solo. Tras él entró René Lorin.

—¡Eh, ustedes! —dijo André—. ¿Qué infiernos son?

—Se paga con premio las adivinanzas.

—Un par de locos escapados del manicomio.

—Falló. —Paul sonrió a la pelirroja—. Violette, ¿nos presenta usted?

—Sí. ¿Por qué no? Son dos fontaneros, André.

—¿Dos fontaneros?

—Ya te hablé de ellos.

—Oh, sí, los que también fueron interrogados por el comisario...

Paul señaló al acompañante de la joven.

—¿Quién es usted, amigo?

—No le importa quién sea yo, y no soy su amigo. Y ya se están largando los dos o empiezo a puñetazos.

—¿Con los dos?

—¡Con los dos!

—A mi amigo René no le gusta que lo tumben en la lona. De modo que será mejor que no se le acerque mucho porque él le puede sacudir...

André fue a replicar porque todavía estaba furioso, pero Violette se lo impidió.

—¿Qué es lo que quiere, Paul?

—Usted me oyó al entrar. Perdió el color. ¿Por qué? Porque le hablé de ir a la cárcel.

—¿Por qué iba a ir yo a la cárcel?

—Por procurarse un millón de francos demasiado aprisa.

—No sé lo que quiere decir.

—Lo sabe bien. Usted asesinó a Yves Gardette.

André saltó sobre Paul lanzándole el puño derecho a la cara, pero Vermont no necesitó la ayuda de René para nada. Se limitó a doblar el torso hacia un lado y André golpeó en el vacío y se vino abajo.

—René —dijo Paul—, manténlo en el suelo hasta que yo hable con Violette.

El pintor fue a levantarse, pero René se lo impidió sentándose sobre él y cogiéndole una pierna que le dobló en presa de catch.

André se puso a chillar y Violette también chilló:

—¡Cuidado, le va a partir una pierna!

No se preocupe —dijo Paul—. René no le va a partir ninguna pierna. Lo único que quiero es que André no nos moleste.

—¡Yo no quiero hablar con usted, señor Vermont!

—Apriétale la pierna, René.

El grandullón apretó un poco más la pierna de André y éste se puso a palmea en el suelo como un luchador que se diese por vencido.

—¡Voy a llamar a la policía! —gritó Violette.

—Para cuando llegue la policía, André tendrá necesidad de una escayola —sonrió Paul.

—Ustedes necesitarán un abogado porque irán a parar a la cárcel.

—Usted lo necesitará antes que nosotros, Violette. La policía está al llegar. Y le aseguro que no vendrán a por nosotros porque

ignoran donde estamos. Usted es la persona que va a detener el comisario Blanchère, y el cargo ya lo conoce. Será acusada de haber troceado a su exesposo.

—¡Oh, no!

—Oh, sí.

—Pero ¿por qué van a hacer tal cosa?

—Sencillamente, porque usted citó a Yves.

—¡No es verdad!

—Usted fue la persona que llamó a Yves a Ginebra y lo citó en el chalet de Sainte-Isabelle-des-Eglises.

La joven agrandó los ojos.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sé lo que debo saber.

André seguía gritando.

—¡Que me parte la pierna este bruto! ¡Que me rompa la pierna este animal!

Violette se percató de la situación en que se encontraba su prometido y dijo:

—Está bien. No le hagan daño. Usted y yo hablaremos de todo lo que quiera, Paul.

—René, afloja la presa.

René obedeció y André se pudo relajar en el suelo, aunque el grandullón siguió sentado encima de él.

Violette se mordió el labio inferior.

—Es verdad, Paul. Estuve en Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—¿Cuándo?

—Anteanoche.

—¿Y por qué fue allí?

—Porque me lo pidió Yves.

—No diga eso. Tenemos la referencia de Mauricio, el criado de Ginebra. El oyó al señor Gardette cuando hablaba con una mujer por teléfono. ¿Recuerda las palabras del comisario? El señor Gardette decía por el micro: «Sí, querida, me reuniré contigo. Vosotras, las mujeres, siempre estáis importunando».

—¡Yo no dije eso! ¡Quiero decir que yo no llamé a Yves a Ginebra! ¡Fue él quien me llamó!

—De modo que él le llamó desde Ginebra.

—¿Cuándo?

—Ya se lo he dicho. Anteanoche. Eran poco más de las siete... Sonó el teléfono. Era Yves. Me dijo que necesitaba verme con urgencia. Tenía que consultarme un asunto.

—¿Qué asunto?

No lo dijo.

—¿Acostumbraba el señor Gardette a consultarle algo?

—No.

—¿Y no le extrañó?

—Sí, pero él empleó las palabras justas para convencerme. Dijo que era muy importante para él y que me necesitaba.

—Y usted fue a su encuentro.

—Claro que fui.

—¿Dónde dejó su automóvil?

—Lejos del chalet. En un bosquecillo que hay a la izquierda.

—¿Por qué dejó el coche en el bosquecillo?

—Porque quise dar un paseo hasta el chalet.

—La excusa es floja.

—Es la verdad.

André gritó otra vez:

—¡No puedo respirar! ¡Quítenme de encima este elefante!

René soltó una risita y le puso la mano en la nuca, aplastándole la cara contra el suelo.

—Deje libre a André o no sigo hablando —exclamó Violette.

—René, déjalo.

René se levantó sin perder la sonrisa, y André Gilbert también lo hizo tambaleándose. Fue hasta un sillón, donde se dejó caer.

Paul hizo uso de la palabra.

—Violette, usted entró en el chalet y habló con Gardette. ¿Qué le dijo?

—No hablé con Yves.

—¿No? ¿Me va a decir que no estaba?

—Sí, estaba allí, en el suelo... —Violette miró la alfombra, al lado de la mesita. Todos acompañaron la dirección de sus ojos y ella prosiguió.

—Estaba muerto...

—No nos hará creer eso —dijo Paul.

—¡Le juro que es cierto, señor Vermont! ¡Estaba muerto!... ¡Tenía una cuchillada en el cuello!...

—¿Y quién más había allí?

—Nadie más. Sólo estábamos él y yo.

André intervino:

—Violette, ¿por qué no me contaste eso?

—No podía.

René intervino:

—Está todo claro, Paul. Suponiendo que la chica diga la verdad, encontró la ocasión de vengarse de Yves y lo trocó.

—¡No sea estúpido! —gritó Violette—. ¡Yo no hice nada de eso!

—¿Y qué hizo, Violette? —preguntó Paul.

—Marcharme. Huir. Sólo permanecí allí unos segundos porque me había quedado paralizada, pero, en cuanto pude mover las piernas, eché a correr.

—Y volvió al coche.

—Sí.

—Y regresó a París.

—Sí.

¿No vio a nadie mientras corría hacia el coche?

—No.

—Sin embargo, alguien la vio a usted cuando iba a entrar en el chalet.

—Un tipo llamado Roger Morey.

—Dios mío, habrá dado mi descripción.

—Sí, y hay una cosa muy extraña respecto a eso.

—¿A qué se refiere?

—A que era de noche y usted llevaba gafas oscuras.

—Es cierto. Llevaba gafas oscuras. Me las puse porque estoy acostumbrada a ellas.

—¿Incluso de noche?

—Yo no tenía nada que ver con Yves. Quiero decir que había sido su esposa, pero él estaba casado por cuarta vez. También ignoraba por qué motivo me había llamado, pero Yves dijo que era importante. En resumen, pensé que era mejor que llevase las gafas oscuras; porque, en esas circunstancias, no quería que me reconociesen.

—Ese argumento sigue siendo pobre y lo malo es que la policía también lo considerará así.

—¡Pero es verdad!

André salló.

—¿Con qué derecho la interroga, fontanero?

René levantó un brazo.

—¿Quiere ganarse un sopapo, muchachito? —¡Váyase al infierno!

René echó a andar hacia el pintor y, André, al verse en peligro, empezó a gritar.

—¡Pare a su elefante, señor Vermont!...

—Yo te voy a pegar a ti con la trompa —dijo René.

—Con la trompa no o lo desharás —dijo Paul—. Espera un momento, René. Usted, André, no interrumpa, y usted, Violette, será mejor que me diga cuánto sabe del asunto. ¿Es que no se da cuenta? Soy la única persona que puede ayudarla.

André chilló:

—¡Yo soy el que la ayudaré! ¡Usted no tiene nada que ver con ella! Y sólo es un... —se interrumpió al ver que René levantaba el puño amenazadoramente.

René sonrió satisfecho porque André se había tragado la palabra fontanero.

Paul tomó a la joven por el brazo.

—Violette, usted fue con anterioridad a la noche del crimen al chalet de Yves Gardette.

—No.

—Sí, la vio la señora Resnais.

—¿La señora Resnais?

—Sí, es la que hace la limpieza. Gardette recibía allí a muchas mujeres, y procuraba que la señora Resnais no viese a nadie. Pero un día se le adelantó su visitante. Usted.

Violette empezó a palidecer.

—¡Niégalo! ¡Dile que es mentira! —gritó André.

Pero Violette no dijo nada.

Paul la zarandeó.

—Escuche, Violette, si usted lo mató debió tener motivos... ¿O sólo lo hizo por heredar el millón de francos?

—¡Yo tengo la culpa! —gritó André—. ¡Quería casarme con ella! ¿Fue por eso, Violette?

—No seas estúpido. No habría matado a Yves ni por ti ni por un millón de francos... —miró a los ojos de Paul—. Muy bien. Fui allí

otra vez con anterioridad.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres meses.

—¿Y a qué fue?

—Yves me llamó por teléfono. Me dijo que no podía vivir sin mí, que me estaba recordando siempre y que estaba dispuesto a divorciarse de su cuarta mujer y a volverse a casar conmigo.

—¡No! —dijo André—. ¡Estás inventando! ¡Eso no es verdad!

Violette ni siquiera lo miró.

—No le miento, Paul... Así fueron las cosas. Yo fui una estúpida. La ambición me cegó. Pensé que podía ser cierto, que quizá Yves me prefería a las demás y que yo podría volver a ser la señora Gardette... Fui allí y, al cabo de un rato, me di cuenta de que Yves me había engañado. No tenía la menor intención de divorciarse de la señora Gardette. Se aprovechó de mi debilidad por él, porque, en cierto modo, yo lo quería.

—¡No, Violette! —dijo André.

—Sí, le quería. Lo siento, André, pero siempre estuve enamorada de Yves. Por eso quizá me llamó. Necesitaba una mujer, ¿y en quién pensó? En la tonta que podría creer unas cuantas palabras amorosas y una promesa de matrimonio... Y consiguió lo que él pretendía. Aún lo puedo recordar carcajeándose y las palabras insultantes que dijo: «Violette, eres dulce, muy distinta a las otras».

André se había hundido en el sillón, como si le hubiesen vapuleado, y esta vez René no le había puesto la mano encima, pero sufría los mismos efectos. Violette continuó con voz débil.

—Aquella noche me separé de Yves llena de amargura y de odio. Sí, lo odiaba porque me había tratado como a una mujerzuela. Pero quise olvidarle y lo logré... —Hay una contradicción.

—¿A qué se refiere?

—A la llamada de anteanoche. Usted podía imaginar para qué la llamaba Yves, para repetir la escena anterior.

—Iba preparada.

—¿Qué quiere decir?

La joven entró en una habitación, pero volvió enseguida trayendo un bolso que arrojó a Paul.

—Ábralo, señor Vermont.

—De modo que fue allí a matarlo.

—No, no fui a matarlo. Fui a su lado porque me dijo que me necesitaba, que tenía que ayudarle en un asunto importante... No pude negarme, pero al mismo tiempo me prometí a mí misma que no me engañaría otra vez, y que, si intentaba cualquier cosa conmigo, lo rechazaría... Sólo me llevaba la pistola para amenazarlo, para que me dejase en paz, para huir cuando fuese necesario.

René sacudió la cabeza.

—Paul, hemos terminado.

—¿Por qué?

—No hay duda de que ella lo hizo. Te lo está confesando.

—Hasta ahora no ha confesado que lo matase.

André ya no intervenía en la conversación.

—Oiga, Violette —dijo René—, ese esposo de ustedes era un canalla de tres al cuarto, y le aseguro que está mejor muerto que vivo. ¿Por qué no dice de una vez que usted lo troceó y nos vamos a casa?

La joven levantó los puños, los ojos chispeantes de furia.

—¿Cómo quieren que les diga que yo no maté a Yves?

Se abrió la puerta y el comisario Blanchère entró seguido de dos de sus inspectores.

Blanchère se detuvo y soltó una risita.

—Bien, ya atrapamos a la asesina y a sus cómplices —dijo.

CAPÍTULO X

René empezó a correr, pero lo hizo en la mala dirección: hacia una puerta que comunicaba con una habitación interior.

—¡Quieto, René! —gritó el comisario.

René se quedó inmóvil como una cigüeña, con una pierna en el aire.

Blanchère volvió a carcajearse.

—Les dije que no saliesen de la ciudad. ¿Y qué hicieron, muchachos? Largarse a Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Le recuerdo que no nos prohibió a nosotros salir de la ciudad —contestó Paul.

—¿No?

—Sólo se lo prohibió a ellas, a las tres exesposas y a la viuda de Yves Gardette. Entonces yo le dije a René: " Eh, René, el comisario quedará muy satisfecho si le echamos una mano. El señor Blanchère no nos ha querido pedir ayuda porque su puesto oficial se lo impide, pero él, en el fondo, está deseando que le aclaremos el asunto ".

El comisario Blanchère arrugó la nariz y soltó un ladrido.

—¿Ya terminaste, Paul?

—No, todavía no.

—¡Para mí sí, porque vas a cerrar el pico!

—Como usted quiera, comisario.

Blanchère caminó hacia la joven.

—Señorita Neret, queda detenida en nombre de la ley.

—¿Por qué, comisario?

—Usted lo sabe.

—¡No, no lo sé!

Blanchère dio un suspiro.

—La acuso de haber asesinado a Yves Gardette.

—No lo maté yo.

—Perdone, señorita Neret, pero continuaremos hablando en mi oficina.

André saltó del sillón.

—¡No puede llevársela! ¡No puede! ¡Ella es inocente!

—¿Quién es usted?

—André Gilbert.

—¿Y a qué se dedica?

—Soy pintor.

—¿Tiene algo que ver con la señorita Neret?

—Soy su novio.

—Entonces vendrá con nosotros.

—¿Me detiene también?

—No, no lo detengo. Le pido que venga, a menos que usted prefiera quedarse.

—Iré con usted.

—Pueden llevárselos, muchachos. Yo me quedo un rato para hablar con... con los fontaneros.

Violette tomó un abrigo del perchero y salió en compañía de André y de los dos inspectores.

El comisario Blanchère se columpió sobre la punta de los pies, los brazos a la espalda.

René ya había logrado poner la pierna en el suelo, junto con su compañero, pero miraba al techo silbando una canción de moda.

—¡Silencio! —gritó Blanchère.

René se tragó el aire que estaba soltando.

A continuación, el comisario se acercó a Paul.

—Conque te sigue gustando el detectivismo...

—Sí, jefe.

—Nos quieres hacer la competencia a los funcionarios de la Policía Judicial.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Y cómo lo llamarías tú?

—Todo buen ciudadano debe facilitar el trabajo de la policía.

—¡Bravo! —Se puso a aplaudir Blanchère.

—Gracias, comisario —contestó Paul con aire de modestia. Blanchère dejó de aplaudir y su cara se fue poniendo roja.

—Paul Vermont, se supone que el Estado paga a ciertos empleados para que hagan respetar la ley. Y tú no eres uno de ellos.

¿Lo oyes bien? ¡Ni tampoco lo es René Lorin!...

—No, no lo somos.

—De nuevo te expreso mi reconocimiento por reconocerlo.

—No hay de qué.

—¡Basta de ironías, Paul! Sois un par de entrometidos. Os habéis adelantado a la policía al viajar a Sainte-Isabelle-des-Eglises... Hablasteis con los testigos antes que yo...

—Pura casualidad.

—Voy a pasar eso por alto... ¡Y no me vuelvas a dar las gracias! El caso terminó... Atrapamos a la persona que mató y descuartizó a Yves Gardette.

—Tengo que felicitarle, comisario, Lo hizo usted muy bien.

—Debería deteneros.

René exclamó:

—¿Por qué tiene que hacer eso? Todo lo hicimos con buena voluntad y, al fin y al cabo, nosotros no tenemos nada que ver con el asunto.

—Está bien. Os dejaré libres.

—Gracias, comisario —dijo Paul.

—Dije que no quiero más agradecimientos.

—Pero usted hace algo por nosotros y es lógico que se lo agradezcamos. Blanchère sacudió un dedo ante la cara de Paul.

—Si otra vez os vuelvo a encontrar en mi camino, juro que os lo haré pagar caro... Y ahora... ¡hasta nunca...!

El comisario dio media vuelta y salió precipitadamente pegando un portazo.

Cuando los dos amigos quedaron a solas, René dio un suspiro.

—Caramba, nos hemos librado de buena.

—Sí, creo que sí.

—Por fortuna, el asunto terminó, como dijo el comisario. ¿Qué? ¿Nos vamos a ver al jefe para pedirle que nos de otra oportunidad?, es la mejor idea. Estoy seguro de que tú podrás convencerlo de que la inundación en casa de la señora Gardette fue un caso de mala suerte...

—Tenemos que hablar antes con una hermosa mujer.

—¡Ya estoy harto de hermosas mujeres! Todas me sientan mal. ¿De quién se trata?

—De Danielle Housset.

—¡Una de las exesposas!...

—Eso es, la actriz.

—¡Por lo que más quieras, Paul, abandona! ¡El comisario tiene razón! Violette mató a Yves Gardette.

—No, no lo mató.

—¿Has creído esa fábula que ella te contó?

—No es una fábula. Violette tuvo que hacer un gran esfuerzo para contarnos la verdad. Fue engañada por Yves Gardette y él la trató como a una cualquiera... Es como si se hubiese puesto la cuerda al cuello y tuvo valor para hacerlo. Y luego hizo otro gesto demasiado peligroso para ella. El de mostrarnos la pistola del bolso...

Echó a andar hacia la puerta.

—Pero ¿por qué tenemos que ver a Danielle, Paul?

—Ella es rubia platino.

—¿Y qué?

—Roger Morey vio una rubia platino que se besaba con Yves Gardette.

Danielle Housset dio palmadas y sonrió.

—¡Podemos hacer la obra!

—Te arriesgas demasiado, Danielle —dijo Henri Moreau—. «La miopía de la señora Smith» me sigue pareciendo un engendro.

—Yo haré un gran papel.

—No lo dudo porque tienes madera de actriz.

—A mí me basta.

—A mí no. Es mi prestigio lo que está en juego.

—¿De qué hablas? Tú eras un desgraciado cuando te elegí para dirigir «Dos alcobas para un hombre solo».

—Había dirigido mucho teatro.

—¿Y quién había tenido en cuenta tu nombre?

—La Prensa.

—¿Qué Prensa? Cuatro amiguetes que se emborrachaban contigo.

—¡Danielle, no te consiento eso! Dirigí mi primera obra cuando tenía diecisiete años. —Menos mal que me libré de verla. Ya imagino cómo sería.

—Era «Hamlet»...

—¿Tú dirigiendo «Hamlet», y con diecisiete años? Déjame que

me ría. ¿Qué hacías tú? ¿De Ofelia?

—¡Danielle, no consiento que me cambies el sexo!

—Escucha tú, director de tres al cuarto... ¡Me diriges en «La miopía de la señora Smith» o te mando al cubo de basura de donde saliste!

—Eres una ambiciosa.

—¿Y qué más soy? ¡Anda dilo, no te lo calles! ¡Estamos en el momento de las confidencias!...

Danielle se sirvió una ración de *whisky* en un vaso y, después de beber un trago, rió observando con los ojos brillantes a Henri Moreau.

—¿Qué? ¿Te has quedado sin habla, gran director?

Moreau alzó la cara.

—Danielle, ahora vas a tener el dinero para montar «La miopía de la señora Smith», y es mi deber decirte que estás cometiendo un grave error... Esa comedia será un fracaso.

¿Porque tú lo dices?

Porque no vale nada.

En el teatro nadie sabe lo que va a ser un éxito o un fracaso.

—Ésa es una frase hecha. Hay cosas que se saben a ciencia cierta. Te repito que el diálogo de «La miopía» es estúpido. No tiene ninguna calidad. Carece de ingenio... Tú estarás muy bien en determinados momentos, cuando acuses tu defecto, la miopía. Pero el público no paga su butaca para verte a ti hacer la miope. Quiere algo más, un contenido, unas frases, un argumento, un desarrollo. Y nada de eso hay en la obra que quieres representar.

—¿Quién se juega el dinero, Henri?

—Tú.

—Pues yo soy la que mando y, si no me diriges, me dirigirá otro. Elige. Henri Moreau se pasó una mano por la cara.

—Espera.

—¿Qué estás esperando? Decídetelo.

—Déjame pensarlo hasta mañana.

—No, Henri, lo vas a decidir ahora, en un minuto. Te concederé sesenta malditos segundos para saber tu maldita decisión.

Sonó el timbre de la puerta.

Danielle fue a abrir con el vaso en la mano mientras decía:

—El minuto ha empezado a correr, director del infierno.

Danielle abrió la puerta y se puso a parpadear al ver en el hueco a Paul Vermont y a René Lorin.

—Que yo sepa, no he requerido los servicios de ustedes, fontaneros.

—Ni venimos por eso —contestó Paul.

—¿Y por qué vinieron?

—En busca de una asesina.

CAPÍTULO XI

Danielle parpadeó mucho más aprisa que antes.

—¿De qué está hablando, Paul?

Vermont entró en el apartamento y René lo hizo tras de él.

—¡No les dije que entrasen! —exclamó. Danielle enfurecida.

Paul vio al hombre que estaba sentado en el sillón y dijo:

—Usted es Henri Moreau.

El director lo miró con curiosidad.

—¿Me conoce?

—Sí, he visto su fotografía en los diarios. Le felicito, señor Moreau. Vi una obra que usted dirigió.

—¿Cuál?

—«La cucaracha del piso de abajo».

—¿Sí? ¿Y qué le gusto más? —La cucaracha.

Henri Moreau puso una cara muy triste y Paul se apresuró a decir:

—Oiga, sólo hice un chiste porque vi la oportunidad demasiado clara, pero dije la verdad con respecto a usted. Su dirección en esa obra fue sensacional y dirigir aquello era una proeza.

Danielle intervino con acritud:

—¿Y qué me dice de mí?

—¿Trabajaba usted?

Los ojos de Danielle parecieron dos ascuas.

—¡Yo era la protagonista!

René intervino:

—Claro, Paul, la cucaracha.

Danielle se volvió hacia el grandullón.

—¡Es usted un bestia!

—Y usted un bichito muy mono, aunque con malas pulgas.

—¡Sepa de una vez por todas que yo no hacia la cucaracha! ¡Era la amante del inquilino del piso de arriba!

—Demonios, pues el inquilino no tenía suerte porque es usted un tanque. Danielle hizo un gesto de exasperación y se volvió hacia Paul.

—¿Han venido a soltar tonterías?

—Ya cubrimos el cupo de las nuestras. Empiece usted las suyas.

—¡Yo no digo tonterías!

—Apuesto a que las dice si le pregunto por qué mató a Yves Gardette.

—¿Cómo?

—Me ha oído bien, señorita Housset. No se haga la sorda.

—¡Yo no me hago la sorda! Pero lo que usted dice es una cretinada.

—Demuéstrelo, preciosa.

—No es usted mi tipo, Paul.

—Eso es porque no me ha visto usted en *slip*.

—Eh, Henri —llamó Danielle—, ¿por qué no contratas al muchacho como actor cómico? ¿No crees que da el peso?

—Tengo mis dudas. Hay personas que se desenvuelven bien en la vida natural, y hasta hacen chistes, pero es una cosa muy distinta decir el texto escrito por otro.

Te hablaba en broma, estúpido.

¿Quieres dejar de insultarme?

No me da la gana dejar de insultarte. Y si no estás dispuesto a oír mis insultos, das media vuelta y te marchas.

Paul se echó a reír.

—Eh, director, ¿va a consentir que le diga eso la déspota?

Moreau se encogió de hombros y volvió a sumergirse en un silencio.

Danielle rió a Paul, desafiante, con un brazo en jarras, sujetando el vaso de *whisky* con la otra mano.

—Yo soy la que mando, ¿lo entiende, fontanero? ¿Y sabe por qué? Porque voy a tener un millón de francos.

—Lo encuentro difícil.

—¿Y por qué lo encuentra difícil?

—Porque si usted mató a Yves Gardette, estará muy pronto en la cárcel en lugar de un escenario. A menos que se le ocurra representar para sus compañeras de reclusión.

—Eso fue lo más gracioso de todo.

—Celebro que lo tome así, pero a la policía no le va a parecer lo mismo. —Bien, haré la pregunta que está deseando que haga.

—Adelante.

—¿Por qué cree que yo maté a Yves?

—Oí un poco a través de la puerta porque usted estaba pegando gritos. Al parecer, se le ha metido entre ceja y ceja representar una determinada obra.

—¿Cree que por eso mataría?

—Una artista mataría por obtener su independencia, y usted la tendrá con el millón de francos que heredará de Yves Gardette.

—Si no tiene nada más contra mí, lárguese a arreglar un grifo.

—Hay algo más.

—¿Qué cosas?

—Sus visitas a Yves Gardette.

—Pero ¿de qué está hablando? ¿Piensa acaso que yo he ido a casa de Yves sabiendo que me iba a encontrar allí con su cuarta esposa?

—No me refería a su casa de París, sino a su chalet de Sainte-Isabelle-des-Eglises.

Danielle dejó de reír poco a poco, aunque sus ojos seguían teniendo un resplandor.

—No sé de qué me habla, fontanero.

—¿Lo ve? Ya llegó a las tonterías.

—Márchese ahora mismo y llévese a su orangután amaestrado.

—Eh, rubia platino —contestó René—, hasta ahora sólo le dije requiebros, pero si empiezo a insultarme, yo empezaré a llamarla de otra forma. Hasta ahora no lo he hecho porque soy un tipo con mucha educación, ¿lo oye?

Danielle lanzó un grito:

—Henri, ¿no has oído eso? ¡Saca de aquí a este hombre!

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque me despediste.

—¡Todavía no te despedí y te ordeno que saques a este nombre de aquí! —No, Danielle, no lo voy a sacar porque he decidido no hacer la obra.

—¿Qué?

—Tendrás que buscar a otro director para representar ese

engendro de la señora miope...

—Henri, tú no puedes hacerme eso.

—Me diste a elegir y ya lo hice. Recuerda. Un minuto. Sesenta malditos segundos para comunicarte mi maldita decisión. Y ya decidí. No dirigiré «La miopía de la señora Smith»... Ese tonto autor de provincias con tantos premios tendrá que buscar un imbécil que lo dirija.

Paul intervino:

—Estábamos hablando de sus visitas al chalet de Yves Gardette.

—¡Váyase al cuerno, fontanero!...

—Creo que la que se va es usted, Danielle... Si no me da las debidas explicaciones, visitaré al comisario para denunciarla.

—Ande, vaya a hablar al comisario. ¡Sólo hará el ridículo!

—Ha dicho que no conocía el chalet, pero usted fue vista allí.

—No me diga.

—Alguien la vio besar a Yves en la puerta del chalet. Bastará que se lo diga al comisario para que él interroge a ese testigo. Luego el comisario la llamará a usted para la identificación y el testigo la señalará sin lugar a dudas.

Danielle caminó hacia el mueble-bar. Titubeó sobre si servirse otra ración de *whisky*.

Por último no se lo sirvió y retrocedió muy aprisa.

—¡Muy bien! ¡Estuve en el chalet de Sainte-Isabelle-des-Eglises!

—¿Cuántas veces?

—¡Las que me dio la gana!

—¿Cuántas veces?

—Tres.

—Y la última fue anteanoche.

—¡No fui anteanoche!

—Sí, fue allí para asesinar a Yves.

—¡Mentira!

—O pudo quedarse y dejar el trabajo para su cómplice.

—¿Cómplice? ¿Qué cómplice?

—El hombre que mató y troceó a Gardette.

—Está chiflado. ¿Lo oye? ¡Está chiflado! ¡No maté a Yves!

—¿Por qué fue a verlo tres veces?

—Quería sacarle dinero para formar mi propia empresa teatral.

Henri Moreau levantó los ojos.

—¿Eso hiciste, Danielle?

—Sí, eso hice, pero tú tenías razón. Yves no era un caballo blanco. No me sirvió de nada. Cada vez que le hacía una visita se ponía muy romántico conmigo, pero luego, cuando le hablaba del dinero, daba largas al asunto. Tenía negocios pendientes. Lo tendría en cuenta. No le conseguí sacar ni un solo franco a ese miserable...

Paul habló otra vez.

—Por eso, anteanoche, usted fue decidida a dos cosas. Le sacaba el dinero por las buenas o por las malas. Después de todo, si lo mataba heredaría un millón de francos.

—Y me enviaba a mí misma un trozo de su cuerpo.

—Era su coartada, o quizá se lo mandó la persona que actuó en su nombre. ¿Quién es? Ande, dígalo puesto que ha quedado descubierto todo.

—No ha descubierto nada, fontanero. Yo no maté a Yves ni nadie hizo el trabajo por mi cuenta. Pero yo le daré un nombre para que siga trabajando.

¿Un nombre? ¿A quién se refiere?

A Suzanne Ducau.

¿Qué tiene que ver Suzanne con el asunto?

—Hace cosa de un mes vino aquí Suzanne, ¿y sabe qué me propuso? Que matásemos a Yves.

—¿Qué cuento trata de colocarme?

—No es ningún cuento. Es verdad.

—Si es verdad, ¿por qué no se lo dijo al comisario?

—Porque yo le dije a Suzanne que no quería saber nada del asunto. Si se lo hubiese dicho al comisario, me habría complicado la vida. Quizá no habría creído que rechacé la oferta de Suzanne.

—¿Está segura de que Suzanne habló en serio?

—¡Claro que habló en serio!

—Hablaré con ella, pero no crea que usted queda libre de sospechas.

—Puede sospechar de mí hasta el día del juicio final. Me tiene sin cuidado. Y no acusé a Suzanne ante el comisario por otra razón... ¡Porque Yves está bien muerto! Era un reptil. ¿Lo oye? ¡Un auténtico reptil!

El director se puso en pie y echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Henri? —preguntó Danielle.

—Me largo y no esperes que vuelva.

—No quiero que te vayas, Henri.

—Te informé antes de mi decisión.

—Conmigo llegarás a lo más alto.

—No, querida, pero si me equivocase... Prefiero seguir en una capa inferior.

—¡Te ordeno que te quedes!

—Ya no obedezco tus órdenes.

—¡Henri, voy a tener un millón de francos!

—Por mí, puedes tener los millones de francos que quieras. Y no debes sentir demasiado que me marche de tu lado. Con tu dinero, tendrás los directores por docenas.

—Eres tú el que yo quiero.

—Si me quieres otra vez como director, tendrás que renunciar a «La miopía de la señora Smith», pero como no darás tu brazo a torcer, hasta la vista y buena suerte.

Moreau salió del apartamento.

Danielle fue detrás, quizá para llamarlo, pero antes de llegar a la puerta, se volvió llena de furia.

—¡Ustedes son los culpables!

—¿Nosotros? —repuso Paul—. Oiga, Danielle, ¿es usted de esas personas que buscan siempre un responsable de sus propias faltas?

—¡Largo! ¡No quiero verlos un minuto más!

—Descuide. Ya nos vamos. Pero entérese de esto. No soy profesional del teatro, pero estoy con Henri Moreau. El tiene la razón.

—¿Cómo sabe que la tiene si no conoce el asunto?

—La mayoría de las veces basta conocer el carácter de las personas para saber quién tiene razón, sin importar lo que discutan. Usted es una buena actriz, Danielle, pero tiene que aprender mucho de la vida. Dése prisa, porque, aunque no es una vieja, tampoco es una chiquilla.

Paul dejó a Danielle con la boca abierta y emprendió la marcha con René.

Una vez fuera, en el corredor. René dijo:

—Eh, Paul, deberías cobrar tus lecciones de moralidad.

—Hay trabajos que se deben hacer gratuitamente, y éste es uno de ellos.

CAPÍTULO XII

Suzanne Ducau, en bikini, se puso sobre los hombros un abrigo de astracán.

—¿Qué tal estaré yo con uno de visón, Patrick?

—Deliciosa —contestó Patrick desde el diván donde estaba tendido.

—Ni siquiera me has mirado.

—Todavía no tienes el abrigo de visón.

—Pero tengo éste y puedes hacerte una idea.

Patrick miró a Suzanne y la vio tentadora con aquel abrigo negro sobre su piel caoba.

—Eres todo un portento. Ven aquí, muñeca.

—¿Para qué?

—Para darte unos besos.

—No, gracias. Si pretendes enamorarme, estás listo, Patrick. Ya me enamoré de ti una vez.

—Y resultó.

—Oh, sí, claro, resultó para ti. Gracias a mi estuviste un par de meses sin ganar un franco, pero siempre con dinero en el bolsillo.

—Pero a ti te gustaba. Nunca fuiste más feliz. Me lo repetiste docenas y docenas de veces. Todo volverá a ser lo mismo.

—Porque voy a tener un millón de francos, ¿eh?

—No digas eso, Suzanne. Estoy loco por ti.

—Anda, ve en busca de otra viuda, Patrick.

—En primer lugar tú no eres viuda, en segundo término, te prefiero a todas las viudas del mundo...

—No vas a lograr de mí un centavo. ¿Lo oyes, Patrick? Estás perdiendo tu tiempo.

—Me duele mucho que digas eso.

—Pues que te curen, porque, si te quedas más, te voy a agrandar la herida.

Patrick saltó del diván poniendo las manos sobre las rodillas.

—Cariño, espero que no estés hablando en serio.

—Te voy a decepcionar. Nunca he hablado más en serio.

—Me debes mucho, Suzanne.

—Tú eres el que me debes a mí, Patrick. Durante aquel par de meses hubo semanas que tuve que vivir a crédito. ¿Por qué? Para que a mi niño bonito no le faltase de nada.

Aquello se acabó Patrick.

—Estaré de acuerdo con una condición.

—No admitiré condiciones.

—Quiero que me presentes a Gérard Laurent.

—Ya te di mi respuesta respecto a eso.

—Suzanne, estoy desesperado. No tengo dinero. Admito que pensé en ti, que contigo tendría resuelto el problema.

—Pues pensaste mal.

—¿Qué tienes contra mí? Soy un tipo bien parecido, con cultura. No te pido que te cases conmigo. Eso sería demasiado para los dos. Podemos estar juntos durante una temporada, hasta que tú caces a un magnate. Yo puedo servirte como agente.

Suzanne se echó a reír.

—Es la proposición más ingeniosa que me han hecho. Tú y yo viviendo como marido y mujer, y tratarás de colocarme: «¿Quiere usted por esposa a mi amante, señor banquero?».

—Ríete lo que quieras, pero no estaría mal que fuese un banquero o el dueño de pozos petrolíferos.

—Voy a seguir decepcionándote, Patrick. Es justamente lo que yo he pensado.

—Estupendo. Ya sabía que teníamos que coincidir en algo tan importante.

—No coincidimos porque ya te he dicho que no te necesito para llevar a cabo el plan. Conquistaré a un «millonitis», sin tu ayuda, y con eso quiero decir que hemos terminado. Lárgate de una vez. No quiero verte más, vago.

Patrick Goué llevó aire a sus pulmones y echó a andar hacia Suzanne. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Patrick, ¿qué vas a hacer?

El no contestó y siguió andando.

—Patrick, me das miedo.

Se detuvo junto a la joven. Esta quiso correr, pero él la atrapó por el cuello.

—¡No, Patrick! ¡No!

Patrick dio un tirón de ella y la arrojó al suelo.

Suzanne logró ponerse a gatas para levantarse, pero Patrick se lo impidió poniéndole una rodilla en la espalda. Seguía apretándole el cuello.

—¡Patrick, que me ahogas!

—Ibas a disfrutar sola del millón..., ¿eh?

—¡No, Patrick, lo compartiré contigo!

—Ya es demasiado tarde.

La puerta se abrió dando paso a Paul Vermont y a René Lorin, pero Suzanne y Patrick no lo advirtieron.

—Auxilio —dijo la joven notando que se ahogaba.

Patrick continuaba apretando cuando una mano se posó en su hombro y lo apartó de la joven. Luego un puño se estrelló en su mandíbula.

Patrick fue por el aire.

—Encárgate de él, René —dijo Paul, que era quien había golpeado al *playboy*.

—Con mucho gusto —repuso René y, cuando Patrick intentaba levantarse, lo cazó con un gancho en el maxilar.

Patrick emprendió otra vez el vuelo, pero éste fue mucho más largo porque se estrelló contra la pared, antes de caer desmadejado.

Paul se inclinó sobre la rubia trigueña.

—Suzanne, ¿se encuentra mejor?

—Gracias por su ayuda... Déme un trago. Paul la ayudó a levantarse y para ello le pasó una mano por debajo del abrigo, tocando piel. La llevó al mueble-bar y allí tuvo que soltarla para preparar dos vasos.

—Por usted —dijo.

Los dos bebieron y Suzanne miró a Patrick, que estaba sin conocimiento.

—Ese bandido merece que lo hagan pedazos.

—¿Como a su exesposo?

Suzanne miró a Paul con el ceño fruncido.

—¡Sí, como a él! —contestó.

—Pues vaya a la cocina, coja el cuchillo y empiece...

—Imagino que no será necesario.

—Ya lo hizo una vez y la pilla entrenada.

—¿Qué dice? ¿Que yo maté a Yves? ¿Que yo lo despedacé?

—Usted o su cómplice Patrick. ¿Pelearon por eso? Es frecuente que dos amantes que se cargan a alguien terminen por tirarse los trastos a la cabeza.

—¿Está borracho, Paul?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco lo estoy y por eso les voy a rogar que salgan de mi casa.

—¿La dejamos sola con Patrick?

—Lo prefiero a él.

—¿Sabe que si no llegamos a tiempo a estas horas estaría estrangulada?

—Patrick se habría dado cuenta de lo que iba a hacer.

—No lo creo. Pero ha cambiado de tema, Suzanne. Estábamos hablando del asesinato de Yves Gardette. Hace unas semanas fue a visitar a Danielle y le propuso matar a Yves.

—¿Quién le dijo eso?

—¿Quién supone usted?

—Así que esa perra de Danielle me acusó de haber matado a Yves...

—Lo hizo cuando no tuvo más remedio... En fin, ¿que se le va a hacer? Usted asesinó por un millón de francos. Otros lo hacen por mucho menos. Sé de crímenes que se cometieron por un par de francos.

—¡Es usted un idiota!

—Yo soy muchas cosas, pero esta vez seré algo original. El hombre que entregue a la policía a la persona que asesinó a Yves Gardette.

—No maté a Yves.

—Ya se lo dirá al comisario.

—¡No hablaré con el comisario!

—Nena, puedo esperar a que se vista, pero si ofrece resistencia, la llevaré con bikini y ese abrigo de astracán. Será todo un espectáculo y los peatones lo agradecerán. Tiene un tipo muy atractivo.

—Lo voy a lucir en la Costa Azul.

—Los ciudadanos de París también tienen su corazoncito. ¿Por qué negarles un espectáculo tan emocionante?

—Escuche, Paul, admito que fui a casa de Danielle y que le propuse el asesinato.

—Y como ella se negó a participar, usted lo hizo por su cuenta.

—Déjeme hablar y no interrumpa.

—Adelante. Es su número.

—Yo estaba ebria cuando fui a hablar con Danielle. Había estado toda la tarde bebiendo y se me ocurrió esa idea loca. Pero nunca la hubiera llevado a la práctica. Usted sabe lo que son esas cosas. En caso de muerte de Yves, yo habría heredado un millón. ¿No cree que las demás exesposas pensaron centenares de veces, lo mismo que yo, en esa idea?

—Pero da la casualidad de que a usted fue la que se le ocurrió hablar en serio.

—¡No hablé en serio! ¡Le he dicho que yo estaba bajo los efectos del *whisky*!

—Danielle no dijo nada de su estado de embriaguez.

—Porque no le conviene. Ella me odia. ¿Lo entiende? ¡Me odia!

—¿Por qué había de odiarla? ¿Porque fueron esposas del mismo hombre? Al fin y al cabo, Danielle no la sucedió a usted. Entre usted y Danielle, Yves contrajo otro matrimonio, el de Violette...

—Danielle me odia porque le he dicho muchas veces que era mala actriz. Ella no estaba nunca presente, pero se lo debieron decir Yves y las demás.

—¿Por qué, si la despreciaba, pensó en ella como cómplice para matar a Yves? Tenía otras tres esposas para elegir.

—Le repito que yo estaba ebria. Instintivamente fui a su casa, quizá porque pensé que ella era la persona más adecuada para ejecutar el plan. Pero no era dueña de mis actos. No maté a Yves.

—¿Conocía la existencia del chalet?

—¿Qué chalet?

—El de Yves en Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Nunca he oído hablar de ese chalet.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy.

Paul decidió tenderle una trampa.

—Pues no le sirve de nada su mentira porque la vieron.

—¿Dónde?

—En Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Nadie me pudo ver en ese lugar porque yo no puse allí los pies en mi vida.

—Su exmarido era encantador... Un hombre estupendo, mejor que cualquier otro. Se separaron, pero usted lo siguió amando.

—¿Yo a Yves? —Lanzó una carcajada—. No lo quise nunca. Le voy a hacer partícipe de un secreto. Yo jamás quise a Yves. Ni siquiera estaba enamorada cuando me casé con él. No era mi tipo, ¿lo entiende? El se creía un sujeto importante y quizá lo era, pero a mí me gustan otra clase de hombres.

—Como Patrick.

—¡Sí, como Patrick!

—¿Y qué tiene él además de ser un canalla?

—Quizá sólo sea eso —rió ella—, que me gusta por canalla.

René intervino:

—Eh, Paul, los dos hemos conocido a algunas que les gusta que les peguen. Por eso ha dicho que Patrick habría frenado cuando la estaba estrangulando. Según ella, todo habría terminado en un beso con mucho amor.

—Oiga, Paul —dijo Suzanne un poco más serena—. Yo tenía bastante con los cinco mil francos. Era una buena renta y me bastaba para mis caprichos. Hoy tenía a Patrick y mañana hubiese tenido a quien me diese la gana. Además, Patrick no era ninguna obligación. Venía aquí de vez en cuando, aunque pasó una temporada conmigo... Con mis cinco mil francos yo podía disfrutar de la vida, aunque desde luego la disfrutaré mucho más con el millón. No, sus disparos son equivocados. Yo no habría matado nunca a Yves. Sabía a lo que me exponía. Si me descubrían, me quedaba sin nada. Y yo sé lo que es eso.

René dejó oír su voz.

—No la creas, Paul. Esta chica no es de fiar. Apuesto a que está contando una sarta de mentiras.

—No, René, también ella dice la verdad.

—Si todas dicen la verdad, ¿quién mató a Yves Gardette? ¿O es que se troceó él mismo?

—No pudo haberlo hecho ni siendo contorsionista.

—Estupendo. Nadie lo mató y nosotros nos vamos a la

fontanería para que el jefe nos de trabajo.

—Hasta la vista, Suzanne —dijo Paul haciendo un saludo con la mano y salió del apartamento seguido por René.

CAPÍTULO XIII

Jean Hunebelle, secretario del fallecido Yves Gardette, besó la espalda femenina que tenía delante.

La viuda del señor Gardette, que se cubría con un elegante vestido negro, se volvió gritando.

—No hagas esas locuras, Jean —sonrió.

—No. Ésas no debo hacerlas. Me conformaré con una un poco más pequeña...

—Jean, nos pueden ver.

—Estamos solos.

—Pero podría entrar alguien de la servidumbre.

—Es costumbre llamar a la puerta.

—A veces se olvidan. Hoy la servidumbre es revolucionaria.

Jean la besó en la comisura de la boca.

—Viuda, ¿cuándo nos casamos?

—Debemos dejar pasar un poco de tiempo.

—¿Tres días? ¿Cuatro?

—No seas chiquillo. Pero con cinco o seis meses tendremos bastante.

—¿Cinco o seis meses? Eso es una eternidad.

—No será demasiado tiempo porque tú y yo nos continuaremos amando.

—Eso merece un premio —dijo Jean Hunebelle y la volvió a besar en los labios.

Llamaron a la puerta y Lydia se apartó de Jean como del mismo diablo.

—¿No te lo dije? Por poco nos sorprenden.

—No nos han sorprendido —repuso Jean mientras se pasaba un pañuelo por la boca.

Lydia se arregló el vestido.

Entró Raymond, el mayordomo, y tras un carraspeo, anunció:

—Los fontaneros, señora.

—¿Hubo otra avería?

—No, señora.

—Entonces, ¿quién llamó a la fontanería?

—Nadie los llamó. Me estoy refiriendo a los fontaneros que vinieron la otra vez. Los de la riada.

Lydia agrandó los ojos.

—¿Ellos? Pero ¿qué quieren?

—Hablar con usted.

—No estoy.

—Saben que está.

—¿Y quién se lo dijo?

—Yo, señora.

—Raymond, pero qué insensato eres. ¿No conoces a esos hombres? Son capaces de pegarle fuego a la casa.

—Perdone, señora, pero dijeron que venían a hablarle de algo importante, respecto a su esposo.

—¿Referente a mi esposo? ¿Qué cosa?

—El más joven dejó dicho bien claro que sólo la informaría a usted.

Lydia miró a Jean y éste le hizo una caída de ojos.

—Está bien, Raymond, los recibiré.

—No te pongas nervioso, cariño —dijo Jean—. Según me contaste, son un par de desgraciados.

—¿Qué querrán decirme acerca de Yves?

—Te hice la señal para que los recibieses. De esa forma nos enteraremos.

La puerta se abrió de nuevo y entraron en la biblioteca Paul Vermont y René Lorin.

—Buenas noches, señora Gardette —dijo Paul—. Está hecha un bombón. ¿No te parece, René?

—Un pastelillo de crema —diría yo.

El secretario de Gardette estaba mirando a los visitantes con asombro.

Paul le apuntó con el dedo.

—Le acertaré quién es usted... El tipo que está loco por ella, y ya sabe a quién me refiero. A la viuda. Pero eso es lógico, porque si es usted el secretario de Yves Gardette, ha debido estar mucho

tiempo con la señora Gardette y ella es de las mujeres que, si se le mete a uno en la sangre, está perdido.

—Señor Vermont, ¿cómo se atreve?...

—¿No es usted el secretario del difunto señor Gardette?

—Sí, pero de eso a que yo sostenga relaciones íntimas con la señora Gardette...

—Yo no he dicho tanto —le interrumpió Paul.

—¿Qué es lo que quieren?

—¿A quién tengo que contestar? ¿A usted o a la señora Gardette? —Señor Vermont, es usted un insolente La hermosa Lydia intervino:

—Yo seré quien hable con usted, señor Vermont.

—¿En qué quedamos?

—¡He dicho que seré yo! —exclamó Lydia pegando una patadita en el suelo.

—No se ponga nerviosa o se parecerá a su secretario, que es como una guitarra destemplada.

Jean Hunebelle gritó:

—¡Soy dueño de mí mismo! ¡He tenido fama entre mis compañeros!

—De nervioso.

—¡No! ¡De hombre sereno!

—Enhorabuena, señor Hunebelle. Le convendría dar un paseo.

—¿Para qué?

—Para tranquilizarse.

—¡Le he dicho que estoy muy tranquilo!

—Oh, sí, ya lo olvidé. Es usted un tipo con fama de muy sereno. Y merece usted un premio porque necesita ser de acero para no estar saltando al lado de una mujer como la señora Gardette... A propósito, señora Gardette, qué bien le sienta el luto.

—¿Vino sólo para decirme eso?

—Bueno, le diría a usted un montón de cosas, pero estamos demasiado acompañados. ¿Qué le parece si usted despacha a su secretario, yo despacho a mi amigo y luego nos despachamos los dos?

Jean Hunebelle saltó con los puños por delante.

—¡Le voy a hacer pedazos!

—No puede. Usted es muy sereno.

Sin embargo, Jean le tiró el puño a la cara, pero Paul lo burló con su facilidad característica.

El secretario cayó de bruces en la gruesa alfombra. Se levantó más furioso que nunca.

—¡Ahora no me hará la trampa!

Tiró el puño izquierdo y Paul le volvió a hacer la trampa.

Otra vez el secretario cayó en la alfombra.

—Jean, por favor, deja de pelear contigo mismo —dijo la señora Gardette.

Hunebelle se levantó una vez más y ahora su rostro estaba lleno de ira.

—¡Usted y yo nos veremos las caras!

—Jean, ordeno que te calles —dijo Lydia—. Y usted, señor Vermont, ¿quiere decirme de una vez el motivo de su visita? ¿O vino para pelear con mi secretario?

—Creí que era el secretario de su difunto esposo.

—Ahora es mío.

René intervino:

—Eso es lógico, Paul. Ella heredó todo lo del muerto y en el lote quedó incluido el señor Sereno.

Jean cerró los ojos.

La señora Gardette dijo:

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, señor Vermont. ¿Qué es lo que quieren? —Ya sé quién mató a Yves Gardette.

—Todos lo sabemos.

—¿Sí?

—Hablé con el comisario y me contó la historia de Violette. Lo siento, pero por muchas cosas odiosas que hiciese Yves, nunca se debe quitar la vida a un ser humano. Además, Violette lo hizo de una forma horrible. Despedazó a Yves después de muerto y tuvo la idea de enviar sus trozos, incluyéndose ella misma entre los destinatarios para establecer una coartada...

—No me refería a Violette cuando le dije que sé quién mató a Yves Gardette.

—Señor Vermont, si usted cree que Violette es inocente y que es otra persona la que mató a mi marido, visite al comisario. El le quedaría muy agradecido por su confesión, y sobre todo, por las pruebas que pueda aportar.

—No tengo pruebas.

—¿No?

—Si las hubiese tenido, habría visitado al comisario.

—Entonces, será mejor que no diga nada.

—Es usted muy lista, señora Gardette. Ha adivinado que la voy a acusar a usted. Jean corrió hacia Paul chillando:

—¡Ahora es cuando se la ganó, Vermont!

Paul estiró el brazo. Sólo eso. Pero su puño estaba cerrado al final.

—¡Ha desmayado a Jean! —dijo Lydia.

—Usted ha visto que no fue culpa mía. El se empeñó en recibir.

—Me ha hecho una acusación repugnante y es lógico que Jean haya salido en mi defensa.

—Dejaría de ser repugnante si fuese verdad.

—Ha dicho que no tiene pruebas, y por tanto, es usted demasiado atrevido al acusarme de algo tan innoble.

—Oh, sí, claro, usted nunca habría matado a Yves, porque lo quería, porque era el hombre de su vida.

—Era mi esposo y lo respetaba.

—Lo bueno de esta fábula es que el esposo contaba con una fortuna de más de cien millones de francos. La esposa pudo decirle: «Yves, ya no te quiero. Concédeme el divorcio como se lo concediste a las otras tres y dame los cinco mil francos de pensión mensual como a las demás». Pero existía una gran diferencia entre usted y Suzanne, o Violette, o Danielle, que no se podía conformar con cinco mil francos. Usted es una gran señora, se considera de mejor clase que ellas y necesita más dinero porque quería llevar el mismo tren de vida que llevó hasta ahora.

—Termine ya su fábula.

—Jugó al todo o nada.

—Así que yo maté a mi marido... Yo le llamé a Ginebra y lo cité en su nido particular de amor de Sainte-Isabelle-des-Eglises. ¿Es que no recuerda que yo no salí de mi casa y eso está perfectamente probado?

—¿Y qué me dice de Jean?

—Yo no puedo decirle nada de Jean.

—¿Por qué no? Son muy amiguitos.

—¡Señor Vermont, deje las insolencias!

—¿Dónde estuvo Jean la noche del crimen? Y no me diga que fue con su esposo porque sé que no lo acompañó.

—Se fue a Burdeos.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿En el ferrocarril?

—No. En su coche.

—¿Y a qué fue a Burdeos?

—A ver a un familiar que estaba enfermo.

—¿Qué familiar?

—No sé. Tiene toda la familia en Burdeos.

—Creo que va saliendo todo. Fue Jean quien, actuando en combinación con usted, esperaba a Yves Gardette en el chalet. Naturalmente, usted llamó a su marido y lo citó allí. Le puso como cebo algo importante, quizá su divorcio, para tener la seguridad de que no faltaría. Jean cumplió su cometido. Necesitaba un chivo emisario, alguien a quien cargar el asesinato, y llamó a Violette simulando la voz de Yves. Luego Jean sólo tuvo que esperar la llegada de Yves para matarlo. Más tarde apareció Violette y al encontrar a Yves muerto, huyó. Después de eso, todo estaba, preparado para el descuartizamiento. Jean salió de su escondite y se puso a la faena.

—Es usted macabro, señor Vermont.

—¿Soy yo el macabro, Lydia? Ustedes fueron más macabros que yo puesto que se confabularon para cometer un espantoso crimen. La víctima, teniendo en cuenta lo que he investigado, no habría simpatizado conmigo, pero era un ser humano. Yves Gardette hizo muchas cosas mal, pero no por ello estaban ustedes justificados para matarlo de la forma que lo hicieron.

—¿Ya acabó sus sandeces?

—Sí, señora Gardette, se terminó la fábula. Sólo falta la moraleja.

—Yo la pondré por usted —dijo Jean.

Todos lo miraron.

Tenía una pistola en la mano.

CAPÍTULO XIV

Jean Hunebelle, el secretario del fallecido Yves Gardette, se puso en pie.

—No te preocupes, Lydia. Ya los tengo.

René dio un paso hacia él.

—Eh, usted, mequetrefe, déme esa pistola.

—Rinoceronte, si te acercas más te meto una bala en el cuerno.

—¿Qué cuerno?

—Él derecho.

Paul intervino:

—Usted se equivoca, Jean. El rinoceronte sólo tiene un cuerno delantero.

—Haga chistes. Se lo permito.

—Prefiero hablar en serio. Ustedes están en un apuro muy grande. Usted, Jean, mató a Gardette, lo descuartizó, y eso está muy feo.

René apuntó con el dedo al secretario.

—¿No le da vergüenza hacer eso con su jefe? ¿Y todo por qué? Para quitarle a su mujer.

—Sí, René —dijo Paul—, por quitarle a su mujer y sus millones.

—Qué par de cochinos...

—¡Basta de insultos o me pongo a disparar! —gritó Jean.

Los dos amigos enmudecieron.

El secretario del fallecido Gardette volvió a sonreír.

—Sí, ella me quiere a mí, y yo la quiero a ella. Nos enamoramos.

—¡Viva el amor! —dijo Paul.

—¡Vivan los novios! —exclamó René—. ¡Alegría! ¡Enhorabuena, señora Gardette, se lleva usted un buen bastardo!

—¡Silencio! —gritó Jean.

Lydia estaba muy pálida.

—Jean, será mejor que te entregues.

—¿Que me entregue? ¿Qué quieres decir?

—Dame esa pistola.

—Pero ¿de qué estás hablando?...

—Estos hombres te han atrapado, Jean. Comprendo tu crimen, pero te perdono, porque mataste a mi esposo por celos. Nunca debiste hacer eso. Pero ahora todo se ha descubierto.

Hunebelle soltó una risa glacial.

—Lydia, no tienes que seguir disimulando.

—¡Ya basta, Jean! Dijiste que ibas a Burdeos, pero no fuiste a Burdeos.

—¿Qué?

—Fuiste a Sainte-Isabelle-des-Eglises.

—Pero ¿de qué tonterías estás hablando, Lydia? Dije que iba a Burdeos y fui a Burdeos.

—Jean, te he dicho que no es momento para que te sigas disculpando. Un tribunal tendrá en cuenta los antecedentes del caso. Ives te trataba con crueldad mental lo mismo que a mí, porque sabía que nos queríamos... Te humillaba a cada momento.

—¡Sí, todo eso es cierto! ¡Pero yo estaba en Burdeos visitando a mi tío Félix cuando despedazaron a tu marido! ¿Has creído siquiera por un momento que yo era capaz de hacer esa carnicería con Yves? Es cierto que tenía motivos para odiarlo y el más importante eras tú, pero yo no mato por eso ni por nada.

—En Francia los crímenes por celos son tan frecuentes que los tribunales están acostumbrados a oír las más horribles historias. No te preocupes, Jean, te pagaré al mejor abogado.

—¡Tú eres la que te pagarás el mejor abogado!

—¿Yo?

—Cariño, he sacado la pistola para impedir que te metan en la cárcel. No lo consentiré. Tú y yo huiremos a Suiza. En Ginebra y en otras capitales europeas Yves tenía cuentas. Conozco los procedimientos para que ese dinero se te entregue. Era dinero sucio, ¿sabes?, porque tu marido le pegaba a todo, a lo más limpio y a lo más cochino. Por eso hizo tantos millones.

—Jean, yo no iré contigo a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Porque yo no maté a Yves.

—¿En?

—Y si no maté a Yves no me pueden encerrar y, por tanto, tampoco voy a necesitar el mejor abogado...

Paul se puso a dar palmas.

—¡Bravo! ¡Todo ha quedado claro! Nadie mató a Yves Gardette. Se dirigió hacia la puerta.

Jean le apuntó nacidamente con la pistola, porque estaba hecho un lío.

—¡Quieto, Paul! —ordenó.

Pero Paul no se estuvo quieto. Abrió la puerta de un tirón.

El mayordomo Raymond entró tambaleándose, doblado, con las manos hacia adelante, y se derrumbó finalmente en el suelo.

—Eh, Raymond —le dijo Paul—, no está bien escuchar a los señores a través de la puerta.

El mayordomo se levantó muy digno, limpiándose los pantalones y contestó:

—Paul, yo no estaba escuchando detrás de la puerta. Estaba buscando un alfiler de corbata.

—Lo llevas puesto.

—Era otro que llevaba en la mano.

—Tú no llevabas ningún otro alfiler en la mano. Estabas ahí fuera escuchando lo que se decía aquí. Y apuesto a que no te has perdido una sola palabra desde que René y yo llegamos.

Raymond se puso encarnado.

—Señora, estos hombres son unos entrometidos. Sería mejor que llamase a la policía para que se los lleven.

—Sí, llama a la policía —convino Paul—. De un momento a otro, René y yo vamos a entregar a la persona que asesinó a Yves Gardette.

—¿Dónde está? —preguntó René—. ¿No quedamos en que esto era un lío?

—Pero ya cogí el cabo suelto —dijo Paul señalando al mayordomo con el dedo—. Apuesto doble contra sencillo a que el día que murió Yves Gardette no estabas en casa, Raymond.

Lydia contestó, mirando a Raymond:

—Es cierto. No estaba.

—¿Y adonde fue?

—Tengo una novia, Paul —contestó el mayordomo.

—Pues enhorabuena y a saberla conservar.

—Estuve con ella.

—¿Y dónde vive tu novia?

—En Meryon.

—¿Dónde está Meryon?

—A cincuenta kilómetros de París.

—Qué casualidad. Sainte-Isabelle-des-Eglises está a cuarenta kilómetros. De modo que pudiste ir a Sainte-Isabelle-des-Eglises y no a Meryon.

—Fui a Meryon.

—¿Y quién lo asegura?

—Mi novia.

La señora Gardette medió:

—¿Quién es tu novia, Raymond?

El mayordomo guardó silencio durante unos instantes y al fin dijo:

—Katherine Durand.

—¿Te refieres a nuestra cocinera?

—Perdón, señora, a la que fue su cocinera.

—Nunca pude imaginar que tú y Katherine... En fin, ella, es muy hermosa y bonita. Te felicito.

—Gracias, señora.

—Conque muy hermosa y bonita, ¿eh? —dijo Paul—. Señora Gardette, ¿cuándo se fue esa cocinera de aquí?

—Hace unos cuatro meses. ¿No es verdad, Raymond?

—Sí, señora.

—Raymond —dijo Paul—, ¿qué número de teléfono tiene tu novia? Quiero hablar con ella.

—Eso no es posible porque...

—Continúa. ¿Por qué no?

—Está en el hospital de Meryon.

—Muy bien —repuso Paul y se dirigió hacia el teléfono—. Pediré el número del hospital de Meryon.

—¿Para qué quieres hablar con Katherine?

—Para saber si efectivamente estuviste con ella esa noche.

—No vas a adelantar nada. Claro que estuve con Katherine.

—No cuesta nada comprobarlo.

Paul pidió a información el número del hospital de Meryon. Una vez lo tuvo, lo marcó, ya que la comunicación era automática.

—Hospital de Meryon —dijo una voz femenina.

—Por favor, quiero hablar con la señorita Katherine Durand.

—Le pongo ahora mismo con la sala de maternidad.

Paul entornó los ojos. Al cabo de unos momentos oyó una voz dulce al otro lado.

—Soy Katherine Durand, ¿quién llama?

—Señorita Durand, soy Paul Vermont, representante de la viuda de Yves Gardette. Mi deber es reparar los males que el señor Gardette haya hecho en vida, y creo que usted está incluida en la lista de perjudicados.

—Sí, pero no tiene importancia.

—Yo creo que sí.

—Es cierto, señor Vermont.

—Señorita Durand, quiero hacerle una pregunta relacionada con Raymond, el mayordomo de los Gardette.

Raymond gritó:

—¡Cuelga ese teléfono!

Había saltado sobre Jean quitándole la pistola, y con ella apuntaba a Paul.

—¡He dicho que cuelgues o disparo!

—Ya hablaremos en otro momento, señorita Durand —dijo Paul y dejó el auricular en la horquilla.

El mayordomo estaba sudando.

—¡Sí, fui yo!

René gritó:

—¿No te lo dije, Paul? En cuanto me lo eché a la cara, supe que había sido él.

Raymond rió.

—En aquel momento no había aparecido ni siquiera el cadáver.

—Eso no importaba. Tú eras mayordomo y tenías que haber cometido un crimen.

—Calla, estúpido. Tampoco puse el cadáver en la armadura.

—¿Qué importa donde estuviese?

—¡He dicho que a callar!

—René —dijo Paul—, obedece a Raymond. El es muy buen chico y se está dando cuenta de que llevó demasiado lejos su venganza.

—¡No la llevé demasiado lejos! ¡Era lo que el señor merecía!

¡Tenía a las mejores mujeres! ¡A las mejores! ¡Yo estaba aquí y las he visto desfilar! ¡Y también conocía su secretillo! Me la contaba casi todo... Ese nido que se había hecho construir en Sainte-Isabelle-des-Eglises. Allí no sólo se llevaba a las mujeres que se encontraba sino a veces a sus exesposas...

—Y un día se llevó a la cocinera...

—Sí, enamoró a Katherine y ya saben lo que ha pasado. ¡Y yo quería a Katherine! Y ese canalla no la respetó —los ojos de Raymond se habían ido desorbitando poco a poco y ahora sus dientes rechinaban. Era la cara de un loco—. Lo condené a muerte. Sí, el señor tenía que morir porque era un canalla, un miserable... Pero yo quería que todo el mundo lo supiese. Sí, sus esposas tenían que recibir un presente, un recuerdo de él.

—Hombre, pudiste mandarles un trozo del traje —dijo Paul.

—¡Silencio! Estoy hablando yo.

—Oh, perdone, asesino.

—¡Una palabra más y te meto una bala!

—Está bien. Preguntaré sobre el crimen. ¿Qué hay de las llamadas telefónicas?

—Yo las hice.

—¿También la de la supuesta mujer que llamó a Yves Gardette a Ginebra?

—Sí.

—¿Y a quién imitaste?

—A Violette. He sido un buen imitador de voces y yo conocía bien la voz de las señoras, pero me pareció que el señor Gardette haría más caso de Violette. Le dije que era un asunto muy importante y el señor picó.

—Y tú le picaste después a cuchillazo limpio.

—Fue rápido. No hubo necesidad de hablar. Yo estaba detrás de la puerta cuando él entró. Salté sobre el señor y le metí el cuchillo en el cuello... Cayó como un cerdo degollado... Pero me pudo reconocer. Era lo que yo quería... Vi su cara de asombro... Fue maravilloso. —Raymond se echó a reír—. Sí, maravilloso, porque en aquellos segundos que le quedaban de su cochina vida, supo que lo mataba su mayordomo Raymond.

—El señor quedó servido —dijo Paul y saltó sobre el mayordomo.

René lo secundó y también cayó sobre Raymond.

Sonó un estampido, pero la bala no hizo daño a nadie y se sepultó en la pared.

Entre los dos amigos redujeron a Raymond, el cual empezó a gritar:

—¡Yo lo maté y lo habría hecho otra vez!... ¡Sí, fue un placer trocearlo!... Yo entregué los paquetes al muchacho que los llevó a las Mensajerías... ¿Quién quiere un trozo como recuerdo? ¿Quién lo quiere? ¡Dense prisa porque me quedan muy pocos!...

René hizo un gesto de asombro al ver el cheque que Paul le mostraba. Era de veinticinco mil francos y se lo había dado Violette.

—Eso es lo que yo llamo una mujer agradecida.

—Ten en cuenta que recibió su millón y que también recuperó su libertad y que ahora se podrá casar con André... Todo acabó bien. El mayordomo está en el manicomio. Al abrirse el testamento, se ha descubierto que Yves Gardette dejó otro millón a la cocinera, lo cual prueba que estaba al corriente de que iba a tener un hijo.

—Ese pájaro de Yves Gardette arregló bien las cosas. Tuvo al menos ese detalle.

—Danielle ha hecho las paces con su director teatral y no harán la obra que ella quería... Violette se casará con André y lo más sorprendente es que también Suzanne se va a casar con ese *playboy*... El secretario Jean se ha despedido de Lydia.

—¿Por qué?

—Porque, también en el testamento, Yves Gardette ha impuesto a Lydia una condición para disfrutar de los cien millones de francos. Que no se vuelva a casar en veinte años... En fin, nosotros tenemos veinticinco mil francos.

—¡Ya dejamos de ser fontaneros, Paul!

—Yo no.

—¿Cómo que tú no?

—Me acaban de llamar para hacer un trabajo.

—Bueno, yo iré contigo.

—No, tú no. Se trata de una avería pequeña... Nos veremos esta noche donde siempre.

—¿Donde siempre?

—Tienes razón, hoy iremos a un restaurante de categoría.

—Eso creía yo —rió René—. Y luego veremos uno de esos espectáculos de lujo.

Demonios, tenemos que celebrarlo bien.

—De acuerdo, René. Hasta luego. Te recogeré en la pensión.

Minutos más tarde, Paul traspasó la puerta que le abrió un criado con mucho empaque.

—Soy el fontanero.

—Oh, sí, la señora lo está espetando.

El criado acompañó a Paul hasta la habitación de arriba y después de anunciarlo se retiró.

Paul no vio a nadie y se dirigió al cuarto de baño.

Entonces se abrió una puerta a sus espaldas y al volver la cabeza descubrió a la señora. Ella corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¿Recibiste el premio, Paul?

—Violette me dio un cheque de veinticinco mil francos.

—¿Y el comisario?

—Nos felicitó, aunque a regañadientes, y también nos amenazó. Ella aplastó su boca contra la de él.

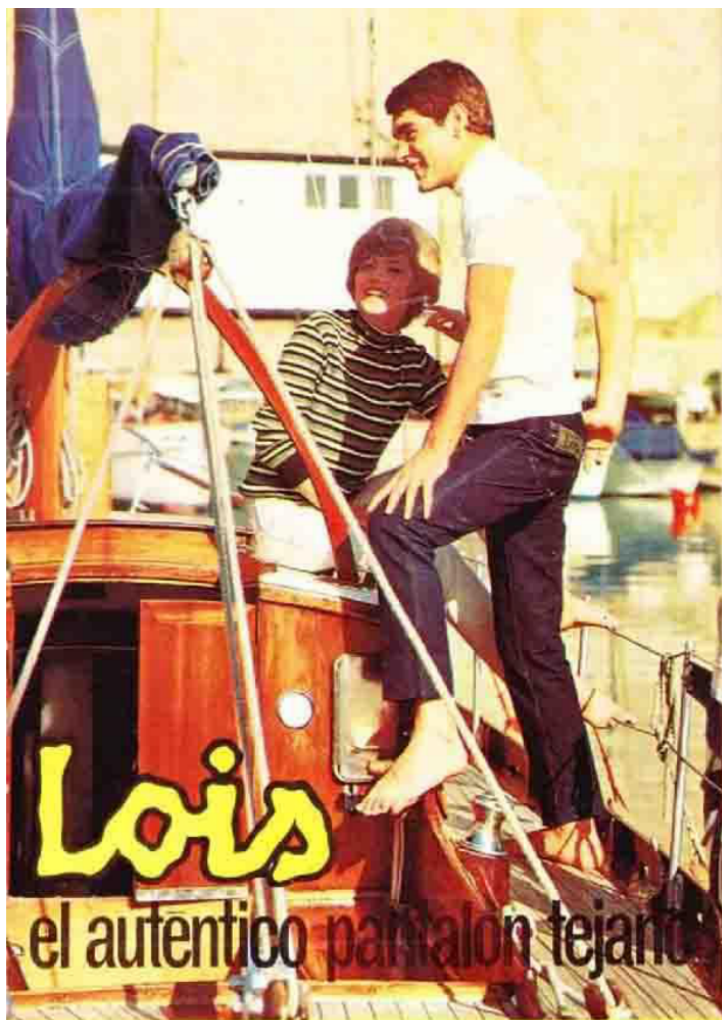
—Querido, eres sensacional, eres único... Qué lástima que no me pueda casar contigo... Imagino que tú no querrás esperar veinte años porque para entonces estaré muy viejecita...

Paul dio un suspiro.

—Qué se le va a hacer... Hay que aceptar las cosas como vienen. Y arreglar ésta avería no te va a costar nada. Será un detalle de la casa.

Y luego Paul besó los entreabiertos labios de la hermosa viuda.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

